

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

TOMO III. — NUMERO 11.

SUMARIO:

- I. Casos en que procede el reconocimiento internacional y el de la beligerancia por causa de guerra interior, por Francisco Dueñas — II. Mártir sin palma (poesía), por Vicenta Laparra de la Cerda — III. Formación é Historia de la Tierra, por Esteban C. Roque — IV. Soneto, por Josefa Carrasco — V. Notas y Sensaciones, por José Gil Fortul — VI. En el album de la señorita T. C. (poesía), por Sabelio — VII. Palomas de invierno, por Ramón P. Molina — VIII. Nota alegre — IX. Rimas (poesías), por J. A. D. — X. Flor de los Bosques, traducción hecha por Amada S. Paz — XI. Notas — XII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo, núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRENTA NACIONAL. CALLE DE HIDALGO.

Noviembre de 1891.

PRESONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría
1 ^{er} Vocal	„	Doroteo Fonseca.
2 ^o „	„	Juan Mena.
Tesorero	„	Rafael E. Cháves.
Fiscal	„	Lisandro Blandón
1 ^{er} Secretario	„	Víctor M. Jerez.
2 ^o „	„	Adrián García.

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D.	Francisco Dueñas.	Dr. D.	Fidel A. Novoa.
„ „	Francisco Martínez Suárez.	„ „	Esteban C. Roque.
„ „	David A. Payés.	„ „	Horacio Rómulo Jarquín.
Br. „	Miguel Dueñas.	„ „	Guadalupe Ramírez.
„ „	Fermín Bayona.	Br. „	Francisco Espinal.
„ „	Juan Gomar	„ „	Nazario Salaverría.
„ „	Nicolás Leiva.	„ „	Francisco Gutiérrez.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Lic. D.	Manuel Diéguez.	Dr.	„ Rubén Rivera.
Br. „	Salvador Flamenco.	„ „	„ Abraham Rivera.
„ „	Adolfo Castro.	„ „	„ Francisco A. Reyes.
„ „	Baltasar Parada.	„ „	„ Carlos A. Imendia.
Dr. „	Simeón Eduardo.	„ „	„ Anselmo Valdés
„ „	Carlos Dárdano.	„ „	„ Ismael Cerna.
„ „	Ramón P. Molina	„ „	„ Juan J. Laínez.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO III |

SAN SALVADOR, NOVIEMBRE DE 1891.

| NUM. 11

Casos en que procede el reconocimiento internacional y el de la beligerancia por causa de guerra interior.

La frecuencia con que se presentan cuestiones internacionales sin que en muchos casos existan leyes positivas que las comprendan, hace que el estudio de tales cuestiones sea de la mayor importancia, y que, por lo ménos, pueda conducir á ilustrar su resolución, enriqueciendo así una de las fuentes más fecundas de la ciencia que rige los derechos y deberes de las naciones. Hácese necesario, pues, investigar y fijar, con la mayor exactitud posible, los principios que deben observarse en la vida práctica de las sociedades; precisa, sobre todo, prescindir de juicios apasionados, de opiniones absurdas, nacidas de particulares conveniencias, que no pocas veces vienen á contradecir las rectas prescripciones del Derecho Natural, base y fundamento de todo derecho.

Además, puesto que algunas de las naciones Hispano-Americanas

atraviesan un triste período de guerras intestinas y desastrosas, es de oportunidad indisputable, hoy más que nunca, la exposición de las reglas de conducta á que deben sujetarse los Estados que sólo tienen el carácter de espectadores de esas luchas civiles, pues un simple descuido, un incidente cualquiera, puede llegar á adquirir hasta las condiciones de un verdadero *casus belli*; comprometiendo no sólo la buena armonía que debe reinar entre las naciones todas, sino también el bienestar y tranquilidad que necesitan para su marcha progresiva.

Uno de los casos que más frecuentemente ocurren á consecuencia del estado de guerra interior en una nación, es el de determinar la conducta que las otras deben observar en sus relaciones con el Gobierno constituido y con el partido opositor, para consiliar los derechos de los contendientes con los deberes que impone la neutralidad. Averiguar, pues, en cuanto me sea posible, la actitud que en tales emergencias pueden tomar las naciones neutrales sin afectar los derechos de los partidos opositores,

y los efectos jurídicos de su determinación en los diversos casos, tal es, la materia que me propongo sucintamente desarrollar.

Es el ejercicio de la soberanía popular, la manifestación genuina de la voluntad nacional; es, como se ha dicho, "un soplo de vida," que introduciéndose en la atmósfera en que viven los pueblos, los reanima, dándoles vigor, energía, heroísmo, origen de donde emanan todos esos fenómenos extraordinarios que cautivan la admiración, y que dá material suficiente para elaborar las páginas más interesantes de la historia de la humanidad.

A medida que la civilización ha venido apoderándose de nuestra época, los sagrados derechos del hombre, proclamados á fuerza de abnegación y sacrificios, han venido también profundizándose más y más en el corazón de nuestras generaciones.

Ya el derecho divino de los reyes, que tanta preponderancia tuvo en las sociedades primitivas, desaparece del horizonte, alzándose en su lugar, resplandeciente, el sublime ideal porque tanto se afanan los pueblos, la forma de gobierno más de acuerdo con los principios naturales y sociales: la Democracia.

Libres los pueblos para organizarse del modo más racional y conveniente, han luchado y seguirán luchando sin descanso hasta lograr la implantación de aquellos principios y el cumplimiento de las leyes que de los mismos se deducen. Es un hecho indudable que todo pueblo puede lo que quiere. Así lo han demostrado más de una vez no sólo naciones ilustres y poderosas que, á pesar de contar con una larga vida política, han tenido que buscar la restauración de sus dere-

chos hasta por el peligroso, pero imprescindible sendero de la revolución armada; medio también al que, con mayor razón y múltiples motivos, han tenido que recurrir frecuentemente nuestras jóvenes nacionalidades, en su estado de incipiente organización.

Las luces difundidas por nuestro siglo han aclarado algunos problemas político-sociales, imperfectamente conceptuados por las sociedades primitivas; la soberanía llegó hasta identificarse con la noción de Estado y la persona del monarca, al grado de que una testa coronada pudiese proclamarlo sin escándalo.

Verdad indiscutible es en nuestra época, que la soberanía es un derecho nacional fundado en la naturaleza de las sociedades: que los Jefes de Estado no deben ser más que fieles representantes de los mismos á quienes gobiernan; y las sociedades, mejor penetradas de sus derechos, trabajan continuamente por llevarlos á la práctica, aunque dando márgen sobre todo en su infancia, á guerras civiles que si bien tienen por fin la efectividad de tales derechos, dejan en pos de sí la desolación y la miseria. En emergencias tan críticas las relaciones internacionales pueden debilitarse y hasta interrumpirse completamente, puesto que el más ligero indicio de parcialidad por una de las partes contendientes suscita naturalmente los recelos de la otra; y esto es lo que deben evitar los Estados que quieran conservar la neutralidad, conducta dictada por la razón y la conveniencia

¿Cuándo y en qué condiciones deben las potencias neutrales reconocerle el carácter de beligerante á unó

de los partidos contendientes en una guerra civil?

El distinguido publicista J. M. Torres Caicedo, de quien he adoptado el tema anteriormente consiguado, háse limitado á plantear y bosquejar someramente esta cuestión, concretándose más á referir sucesos de su tiempo que á emitir una solución del todo satisfactoria.

Apoyado en la práctica moderna y en la autoridad de notables Estadistas, expondré algunas consideraciones sobre materia tan interesante. Pero conviene, ante todo, establecer una diferencia importantísima entre el reconocimiento internacional y el de la beligerancia, términos que equivocadamente suelen confundirse.

El reconocimiento internacional que hace una nación es siempre relativo al hecho de la existencia de otra, quedando en libertad de iniciar ó no sus relaciones con esta nueva entidad política. Una nación puede formarse espontáneamente, en virtud de una segregación de provincias, de una reunión de Estados ó por otra causa cualquiera. Estas transformaciones pueden dar origen al reconocimiento internacional. "Beligerantes—dice Maurice Block—son los que están actualmente en guerra; negándose este carácter únicamente á los piratas, á los filibusteros, á los bandidos ó á todos aquellos que cometen violencias por su interés privado y aún á los que no han sido debidamente autorizados por el soberano." (*)

Estudiaré primero el reconocimiento internacional.

Los cambios políticos pueden ocurrir de una manera pacífica ó de una manera violenta. En el primer caso es un deber de cortesía participar á las demás potencias el cambio efectuado; así como deber de

éstas es contestar al nuevo gobierno, generalmente reconociéndolo y manifestándole sus congratulaciones. Esto no ofrece dificultad. Pero no sucede lo mismo tratándose de un cambio violento: entonces es cuando las naciones deben ser sumamente prudentes, no apresurando el reconocimiento sino esperar tranquilas el desarrollo de los sucesos. Una parte de una nación cualquiera lucha por constituirse en Estado independiente, ¿deberán los gobiernos de las otras potencias reconocer desde luego esa nueva entidad política, ó tendrán que limitarse á presenciar la lucha? Y en este caso, ¿deberán dispensar iguales consideraciones á los partidos contendientes, ó continuar sus relaciones exclusivamente con el gobierno noconstituido? Bien podemos suponer que esa sección digregada logra darse una organización política y ejercer su poder en toda la circunscripción territorial que comprende, llegando á establecer un orden de cosas regularizado. En tal situación es indudable que, atendido el principio de soberanía de los pueblos, las demás naciones pueden legítimamente, sin inferir injuria alguna á la desmembrada, reconocer como nación libre é independiente á esa nueva entidad. En el caso contrario, si se le haría injuria, porque, aunque toda asociación tenga virtualmente el principio de la soberanía para constituirse independiente, puede carecer de los elementos necesarios para ello; y mientras de hecho no haya constituido un gobierno capaz de ejercer autoridad efectiva en ella, sólo podrá apreciarse en sus hechos el principio de la rebelión que atenta contra la soberanía nacional y que no puede merecer la consideración de los demás Estados.

Por lo que hace á la beligerancia, ella es un hecho que no puede ponerse en duda desde el momen-

to mismo en que estalla en una nación la guerra civil. Toda la dificultad de la cuestión estriba principalmente en determinar si puede ó no legítimamente concederse el carácter de beligerante á uno de los partidos contendientes.

Tengo á la vista una resolución tomada por el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia, sobre la conducta que las autoridades colombianas del litoral del Pacífico debían observar con respecto á la última revolución de Chile. Este documento contiene acertadísimas apreciaciones; si bien no estoy enteramente de acuerdo con el párrafo que dice: "A la verdad, no parece lógico ni justo reconocer en un mismo Estado dos gobiernos simultáneos, así como es monstruoso que en un solo organismo haya dos cabezas. Eso equivaldría á admitir simultáneamente derechos incompatibles, es decir, dos soberanías y una sola nacionalidad. Mientras que el Gobierno luche tiene que reconocerse existente, y mientras existe como sucede en el presente caso, los demás Gobiernos deben, por regla general, abstenerse de entablar relaciones con la entidad que trate de subrogarlo. En materia tan delicada, ésta parece ser la regla más conforme con el Derecho Natural y con la conveniencia de todos."

Ciertamente: la regla general es conservar las relaciones con el Gobierno establecido y conservarlas hasta que este Gobierno desaparezca. Más esto no quiere decir que sea una monstruosidad entablar, al mismo tiempo, relaciones con la entidad que trate de subrogarlo. Sería en efecto, un absurdo imaginar dos gobiernos que simultáneamente tuviesen imperio sobre un mismo territorio; pero no hay inconveniente alguno en reconocer dos autoridades distintas luchando desde distintas regiones territo-

riales de una misma nación. Tal sucedió en 1861, cuando estalló en los Estados-Unidos de Norte América la guerra civil por la que se pretendía fraccionar la poderosa Confederación. El partido separatista del Sur estableció su gobierno *de facto*, al que reconoció el Gobierno Inglés como legítimo beligerante.

"Hay una guerra civil—dice Torres Caicedo—hay dos beligerantes, más ó menos fuertes, pero que han constituido Gobiernos separados: se debe reconocer á ambos Gobiernos y se debe observar estricta neutralidad con ambos beligerantes."

De idéntica opinión es el notable publicista Andrés Bello.

No hay, pues, inconveniente en reconocer como beligerante á un partido político, al mismo tiempo que se sostienen las relaciones acostumbradas con el Gobierno ya constituido.

Veamos ahora el motivo y efectos de este reconocimiento.

Desde luego, no hay duda que al reconocerle explícitamente el carácter de beligerante á un partido político, se le presta, al mismo tiempo, cierto apoyo moral; y, desde este punto de vista, los demás Estados, que, como ya he dicho, deben limitarse ordinariamente sólo á presenciar la lucha, no dejarían, rigurosamente hablando, de inclinarse con tal apoyo en favor de los insurgentes. Pero, como con mucho acierto, dice Calvo, "hay que definir la posición del Gobierno extranjero respecto de los contendientes....." Por manera que, cuando los intereses de otra nación, como por ejemplo Bolivia en la cuestión de Chile, se hallan comprometidos en la lucha, es indudable que se halla en pleno derecho para reconocer la beligerancia del partido opositor del Gobierno, aceptando todas las consecuen-

cias que tal reconocimiento entraña conforme al Derecho Internacional. La apreciación de las circunstancias y de la oportunidad de este acto no puede corresponder más que al interesado, y debemos suponer que, en general, las Naciones procederán sobre este punto con la mayor cordura y circunspección, para no comprometerse ligeramente y sin motivos muy justificados en las cuestiones puramente internas de las demás, ni exponerse, por lo menos, á ver rebajada su propia consideración y dignidad; como sucedió, por ejemplo, á Guatemala, en una de las desgraciadas tentativas de independencia que hizo Cuba.

Resumiendo los anteriores conceptos, se deduce: que, atendido el principio de soberanía de los pueblos, las demás naciones pueden legítimamente y sin inferir ofensa alguna al Gobierno constituido, reconocer á una nueva nación como libre é independiente cuando cuenta los elementos necesarios para su vida política y sostenimiento de su independencia; y que el reconocimiento de la beligerancia depende sobre todo de los intereses de los Estados neutrales.

En presencia de las frecuentes y lamentables infracciones que siempre sufre el Derecho Internacional, no puedo menos, al concluir este breve estudio, que repetir aquellas magistrales palabras de Hautefeuille: "En el mar como en la tierra, el objeto principal del Derecho Internacional es asegurar á todos los pueblos su independencia, ese atributo esencial de la nacionalidad, es decir, el ejercicio completo y absoluto de todos los derechos que han recibido del Divino Autor del universo; porque todos esos derechos están comprendidos en la independencia. Debe, por consiguiente, obligar á todas las naciones á cumplir todos sus deberes las unas

hacia las otras. Para alcanzar este fin, la ley debe ser universal, es decir, la misma para todos; debe ser respetada y ejecutada por todos, por los débiles y los pudientes."

FRANCISCO DUEÑAS.

San Salvador, octubre 4 1891.

MARTIR SIN PALMA.

POEMA EN OCHO CANTOS,

ESCRITO POR

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA,
Y DEDICADO

Á LA ILUSTRADA SOCIEDAD

CIENTÍFICO-LITERARIA

"LA JUVENTUD SALVADOREÑA"

I

EL ACEDIO.

Fué Matilde más airosa
que una flor de primavera,
y en su patria no se viera
otra joven más hermosa.

Su cabello era un tesoro
que aumentaba su hermosura;
ciñendo su frente pura
formábale un nimbo de oro.

En su boca de corales
había perlas, sonrisas,
perfumes, soplos de brisas
y gorjeos de turpiales.

Sus ojos eran tan bellos
que si al cielo los volvía,
chispeaban, y parecía
que el sol se miraba en ellos.

Careciendo de riqueza
era muy feliz Matilde;
porque también era humilde
é ignoraba su belleza.

Jamás el dolor profundo
perturbaba su alegría;
y tampoco conocía
las vanidades del mundo.

Era el ángel inocente
que iba deshojando flores,
sin pensar que los dolores
marchitarían su frente.

Mas un día, un calavera
gomoso muy petulante,
dijo al verla: —; Qué elegante!
; Qué chica tan echicera!

¡Qué ángel! es una beldad
que tropieza en mi camino,
y su rostro peregrino
halaga mi vanidad.

Y aunque me tachén de infame
porque no la haré mi esposa,
esa niña tan hermosa
será preciso que me ame.

¡Qué diantre! yo indagaré
si es pobre, si novio tiene...
¡Diablo! eso no me conviene...
En fin, todo lo sabré.

Pasó un día y otro día,
y el vil veneno se dijo:
—Ya todo lo sé; de hijo
la victoria será mía.

Su padre es un conservero
que no la pierde de vista;
pero es fácil la conquista
porque yo tengo dinero.

Con el sudor de su frente
el viejo sostiene á su hija,
y una congoja prolija
traspasa su alma doliente.

Pues bien, si la desventura
pone en sus ojos el lloro,
yo, con un puñado de oro
puedo endulzar su amargura.

Y después, la gratitud,
el cariño y el amor,
pronto me harán vencedor
de tan heroica virtud.

Execrado debe ser
quien pone el amor á precio
y ve con tanto desprecio
la virtud de la mujer.

Llegar con negro cinismo
al desgraciado que llora,
y con su mano traidora
arrojarle en hondo abismo;

abusar de la aficción
de un pobre anciano indigente
para arrojar en su frente
un asqueroso baldón,

es tan cruda villanía
que, ¡vive Dios! si pudiera,
al vil que la cometeria,
la existencia quitaría.

El tal Rodulfo era un hombre
que atropellándolo todo,
iba arrastrando en el lodo
su posición y su nombre.

Bien pronto dió el seductor
con la modesta morada
de la virgen recatada
coñ el velo del pudor.

Y pensaba de qué modo
se acercaría al anciano;
sin comprender el villano
que sería inútil todo.

Porque la santa honradez
lucía en la noble frente
del buen padre, que inclemente
encorvaba la vejez.

Una mañana muy fría
en que Rodulfo rondaba
la humilde casa y pensaba
qué infamia cometería,

Don Carlos salió á la calle
y exclamó: — ¡Me falta aliento!
¡Señor! ¡cálma mi tormento!
¡Haz que mi pecho no estalle!

— ¡Demonio! llegó el instante! —
dijo Rodulfo escuchando.
El viejo seguía andando
sin fijarse en el tunante.

Y con profundo quebranto
exclamó: — ¡Mira Dios mío!
¡Mira! ¡llevo al montepío
la prenda que aprecio tanto!

¡Es el collar de mi esposa!
de la mujer que adoraba,
y que Matilde guardaba
como una herencia preciosa. —

Rodulfo seguía oyendo
lo que el anciano decía,
sintiendo infame alegría
aquel infortunio viendo.

Y se dijo el seductor:
— ¡Llegó el instante propicio!
El viejo hará el sacrificio
de vender su pundonor. —

Y acercándose sonriente
y tendiendo su vil mano,
hizo al respetable anciano
un saludo reverente,

y le dijo: — Caballero:
sin querer, he comprendido
que está usted algo affigido,
que necesita dinero;

y yo, su congoja viendo,
le ofrezco mi protección. —
— No mendigo compasión. —
dijo don Carlos, sonriendo

con esa amarga sonrisa
del que ha perdido la calma
y lleva dentro del alma
la angustia que martiriza.

— Prodigue su caridad
ahí donde no hay doncellas
ni flores puras y bellas
que marchite su maldad. —

Y con profundo desprecio
volvió la espalda al hombre
que ansiaba manchar su nombre,
murmurando: — Necio, necio.

Ese hombre quiere engañar
á mi hija: yo le he visto
mirarla mucho; y ¡por Cristo!
¡hasta le puedo matar!

¡Y el infame viene á mí
ofreciéndome dinero!...
¡Por Dios, que no es caballero
quien puede portarse así!

Mas no comprende el menguado
que si mata la pobreza,
yo ¡no bajo mi cabeza
ante el oro de un malvado!

¡Qué ultraje! ¡qué humillación!..
con qué gusto escupiría
su alma negra, y mordería
su leproso corazón!—

De los ojos del anciano
brotó una lágrima ardiente
y la secó indiferente
con el dorso de la mano.

Rodulfo le vió alejarse,
y frunciendo el entresejo,
murmuraba: ¡Infame viejo!
¡De mí ha podido burlarse!

¡Es un mendigo!— exclamó
el mozo, montando en ira.
—¡Viejo estúpido! no mira,
que cuando me empeño yo,

nada, nada puede haber
que estorbe lo que yo quiero,
porque me sobra dinero
para luchar y vencer.

¡Oh! ¡me entenderé con ella
y con la criada también!
¡Veremos quién vence á quién
cuando me escuche la bella!—

Rodulfo fué el rondador
de aquella casita humilde,
donde vivía Matilde
como en su pensil la flor.

La asechaba con cautela,
y mirándola al soslayo,
pasaba á pié y á caballo,
y en lujosa carretela.

Venía caracoleando
en un potro cordovés;
daba una vuelta, y después
regresaba suspirando.

Y con sus ojos de fuego
Rodulfo enviaba á la flor
miradas de ardiente amor,
y en cada mirada un ruego.

Y Matilde le veía
reclinada en su balcón,
y en su virgen corazón
ardiente hoguera prendía.

Y se volvió soñadora:
y envuelta en dulce esperanza
vió un edén en lontananza
del cual se creyó señora.

Y la criada la traía
cartas, regalos y flores,
del que hablándola de amores
en hondo abismo la hundía.

Si Matilde iba á la calle,
iba Rodulfo tras ella,
diciéndola que era bella,
que era de ondina su talle:

que era inmensa su pasión,
que su existencia acababa;
que por ella suspiraba,
muriendo su corazón.

Y Matilde en dulce anhelo
y en sublime arrobamiento,
escuchaba aquel acento
como armonías del cielo.

Y por la misma inocencia
de su juvenil edad,
no veía la falsedad
de aquel hombre sin conciencia.

¡A! ¡qué niña en su ilusión
no juzga buen caballero
aquel que el amor primero
enciende en su corazón?

II

LA HUIDA.

Las nubes tempestuosas se agrupaban
sobre el hogar de la gentil doncella:
don Carlos y Matilde se encontraban,
él pensativo y reservada ella.

La placentera calma de otros días
pasó como el perfume delicado:
huyeron las risueñas alegrías
al soplo nauseabundo de un malvado.

La miseria con todos sus rigores
y con su negra corte de congojas,
desprendía de una alma los amores
como el fuerte huracán las verdes hojas.

Ya Matilde á su padre no quería,
creyéndole el autor de su pobreza;
y el infeliz don Carlos se moría,
sumergido en su lóbrega tristeza.

Él sí quería á su hija, la adoraba:
y al verla trabajar sufría tanto,
que en su pecho las uñas enclavaba,
reía convulso, y prorumpía en llanto.

Una noche... ¡gran Dios! ¡qué noche aquella!
no había luz... la sombra pavorosa,
con sus crespones envolvió á la bella
que en un rincón yacía silenciosa.

Su infortunado padre padecía,
y de tanto sufrir, enfermo estaba:
en ese instante el infeliz dormía
y sus crueles angustias olvidaba.

Sola Matilde, inquieta y palpitante
apuraba su cáliz de amargura;
y se decía ansiosa y delirante:
—El hambre acabará con mi hermosura.

Esta hermosura que Rodulfo adora!
¡Rodulfo, á quien yo adoro con delirio!
¡Mi Rodulfo, en quien pienso hora tras hora
devorando en silencio atroz martirio!

¡Eso desea mi amoroso padre!
¡Mi noble padre que me quiere tanto,
que aunque el dolor el pecho me taladre
me da congojas, desnudez y llanto!

¿Qué tengo yo á su lado? sinsabores
que pronto acabarán con mi existencia.
Por capricho se opone á mis amores
y me da la miseria por herencia.

Y en tanto que mi padre me aborrece
y me da negra copa de tormento,
el hombre que yo adoro amor me ofrece,
y un cielo de ilusión y sentimiento.

Al lado de Rodulfo están las flores,
la esperanza, la dicha, el amor tierno;
y en mi hogar, la miseria y los dolores:
allá un cielo de gloria; aquí un infierno

Y queriendo volar á otras regiones,
á mi hogar me encadenan mis deberes;
y... ¡se van mis doradas ilusiones!
¡Qué desgraciadas somos las mujeres!—

Y fluctuando entre luces y entre nieblas,
se querellaba la infeliz doncella;
y el genio del pecado y las tinieblas,
vapor de infierno derramó sobre ella.

La negra tentación, cruel, espantosa,
á Matilde cubría con sus alas;
y su mano infernal y tenebrosa
comenzaba á romper sus níveas galas.

Besó la frente de Matilde; y luego
la hizo olvidar de Dios el nombre santo:
su alma quemó con abrasante fuego,
y la niña infeliz, tembló de espanto.

Cruel desesperación rugió en su pecho:
púsose en pié, é irguiendo la cabeza,
quedo, muy quedo se alejó del lecho
de su padre infeliz; y con presteza,

salió del cuarto, trémula, llorosa...
El vértigo, el delirio la arrojaba
de la mansión humilde y silenciosa
donde el honor dormido reposaba.

La hacía andar la tentación traidora,
y su talle rodeó negro vestigio;
y la decía:—Niña encantadora:
al lado del que te ama no hay peligro.

Matilde abrió resuelta la ventana:
con sus fulgores la bañó la luna,
y el vestigio decía:—Sí, mañana,
tendrás gloria, ilusiones y fortuna.—

Matilde en ese instante estaba hermosa,
como el ensueño de inspirado poeta:
parecía una virgen dolorosa
que arrancara Rafael de su paleta.

Sueltos tenía sus cabellos de oro
y su boca brevisima entreabierta;
sus lindos ojos arrazaba el lloro,
su frente ardía, de rubor cubierta.

Un hombre desprendiése de la esquina:
con su capa venía recatado;
y exclamó al acercarse:—¡Flor divina!
¡Ah, Matilde, me dejas extasiado!

¡Qué linda estás con tus cabellos de oro
en cascada de rizos deslizando
por tu cuello de cisne! ¡Ven!... ¡te adoro
y mi paraíso nos está esperando!

¡Te decides al fin amada mía?
¡Ven mi Matilde! ¡yo te haré mi esposa!
Y en un cielo de encantos y poesía
de ilusiones vivirás dichosa.—

Y el vestigio decía:—Es caballero...
¡A su lado te espera la fortuna!...
El fuego de mi amor tan verdadero,
es puro como el disco de la luna.—

El ángel que guardadaba la existencia
de la niña gentil, tendió su vuelo:
y por no ver manchada su inocencia,
dejó la tierra y se escondió en el cielo.

—¡Ven mi Matilde! repetía el mozo
—¡Ya no vaciles, niña idolatrada!—
En el espacio resonó un sollozo;
y en el infierno horrible carcajada.

III

TRASTORNO.

Crugió una puerta, y don Carlos
saltó del lecho medroso,
y comenzó á andar á tientas
palpando los muebles todos,
porque el cuarto estaba obscuro
como una boca de lobo.

Y exclamaba el pobre anciano
—¡Qué es esto Dios poderoso?
¿Quién abrió la puerta? ¡Cielos!..
¿Estoy soñando? ¿estoy loco?
¡Densa sombra me circunda
y de mí se alejan todos!—

Á Matilde y á la criada
llamó con acento ronco,
y nadie le respondía;
más que el eco quejumbroso,
que remedaba suspiros,
ayes, lamentos, sollozos.

—¡Matilde! siguió clamando,
de la congoja en el colmo!
—¿En donde estás hija ingrata?
¿No ves que me vuelvo loco?..
¡Dios mío! ¡me estoy muriendo!..
Y... ¡me dejan morir solo!

Y comprimiendo sus sienes
para aliviar el trastorno
de su cerebro, gritaba:
—¡Mi honor arrastra en el lodo!
¡Soy muy pobre! ¡soy muy pobre!
¡y... Matilde quería oro!

¡Ya la veo! ¡ya la veo!..
¿Qué palacio tan suntuoso!..
¿Qué carruaje el de Matilde!..
Pero... ¡rueda sobre escombros!
¡Ven hija ingrata, que te hundes
en un abismo muy hondo!

¡Atrás! ¡atrás miserable!..
¡No la arrojes en el lodo!
¡No manches su frente pura
con tus besos asquerosos!
¡Dame á la niña menguado!
¿No ves que me dejas solo?

¿Por qué dejas á tu padre,
virgen de la crencha de oro?
¿Por qué me hieres el pecho?
¿Por qué salpicas mi rostro
con el cieno nauseabundo
que lo va manchando todo?

¡Ya veo al ángel! ¡Dios mío!..
¡Cae en un antro fangoso!..
¡Sus alas se ponen negras
y su veste rasga el noto!..
¡Ay! y las flores de su alma
se marchitan en el lodo!—

Así gritaba el anciano
entre risas y sollozos,
haciendo gestos extraños
y habiendo mucho los ojos,
como si buscase auroras
en nublados tempestuosos.

Y exhalaba maldiciones,
conjuros, denuestos sordos,
y se golpeaba la frente
andando como los beodos.

¡Ah! la deshonra de la hija al padre volvía loco..

Luego sus crispadas manos extendió buscando apoyo : vaciló algunos instantes y cayó cual seco tronco, que bota al golpe de la hacha el labrador en el soto.

Al otro día, un vecino que era por demás curioso, que iba en busca de noticias, y entrometiéndose en todo, entró á la casa diciendo : —Don Carlos debe estar beodo, porque grita el condenado como docientos demonios.—

Al fin vió que el triste anciano, tenía sangre en el rostro, traje y cabello en desorden y muy abiertos los ojos fijos, fijos en un punto y horriblemente vidriosos.

El vecino, haciendo un gesto, dijo espantado : — ¡Demonio ! ¡Cómo está don Carlos ! ¡diantre ! ¡Esto huele á manicomio ! Pero ¿ dónde está Matilde que el pobre viejo está solo ?—

— ¡Matilde !—gritó el anciano — ¡Matilde, cayó en el lodo !
¿ No ves las flores de su alma como las deshoja el noto, y va cayendo, cayendo de obscuro abismo en el fondo ?

¡ Detenla, que yo no puedo !
¡ Matilde quería oro !
¿ Sabés ? y yo soy muy pobre, no tengo trajes lujosos.
¿ No la ves ? ¡ yo si la veo !
¡ Tiene manchas en el rostro !

Manchas ¡ muy negras, muy negras ! que le va imprimiendo el soplo del miserable.

— ¡ Ya caigo !
dijo el vecino : ¡ Demonio !
la chica tendió su vuelo y su padre queda loco.

¡ Pobre anciano, pobre anciano !
¡ Pues Señor ! ¡ no le abandono ! porque yo tengo en el pecho un corazón generoso y sé que es en este mundo, la caridad, sobre todo.—

IV

DOLOR PROFUNDO.

Pasó un año : don Carlos espiraba lleno de angustia y casi sin aliento : y cuando el triste anciano agonizaba, la razón que perdiera recobraba y su deshonra recordó al momento.

Con la mirada registró el vacío, con ambas manos comprimióse el pecho ; y exclamó el infeliz :— ¡ Perdón Dios mío !.. ¡ La vida me arrancó su desvarío !— Y el moribundo se agitó en su lecho.

Y cuando vacilaba aquella vida y entre el sér y el no sér, el alma ansiosa entraba á la región desconocida, una mujer cónfusa y abatida al pobre lecho se acercó llorosa.

Era Matilde, la infeliz criatura que seducida por infame ruego, en el fango arrastró su vestidura de casta virgen ; y su frente pura, quemó insensata con maldito fuego.

Enlutaba su rostro la tristeza, negra sombra de muerte la envolvía : con arapos cubría su cabeza ; y la que fuera espléndida belleza, una rosa marchita parecía.

No era Matilde la gentil doncella que en su rostro las gracias ostentaba : no iba dejando flores en su huella ; no era la virgen pudorosa y bella que al sol avergonzó con su mirada.

No lucía en sus ojos el decoro ni sus labios tenían suave esencia : no llevaba en su frente nímbo de oro ni escondía riquísimo tesoro con el blanco alquicel de la inocencia.

Era Matilde mísera mendiga que bañaba el dolor con triste llanto ; lastimaba sus pies punzante hortiga, y moribunda y con mortal fatiga pedía compasión en su quebranto.

El desengaño røedor, punzante, su rostro de azucena demacraba ; y el beso impuro de su vil amante marchitó su belleza deslumbrante como agosta la flor caudante lava.

Y cuando vió marchita su hermosura, el hombre que manchara su pureza, dióla por recompensa la amargura ; él abandonó cruel, la desventura, la desnudez, el hambre y la tristeza.

A su hija vió don Carlos ; y sus ojos chispearon como en órbitas de fuego : en su pecho rugieron los enojos ; y Matilde, postrándose de hinojos, — ¡ Perdón !— clamaba con ansioso ruego.

Hizo el viejo un esfuerzo poderoso ; tendió su mano descarnada y yerta ; y exclamó con acento cavernoso : — ¡ Hija ingrata ! ¡ no turbes mi reposo !.. ¡ Vete al instante !— Y señaló la puerta.

— ¡ Perdón, perdón !— Matilde repetía : — ¡ También la Magdalena fné culpable ! Y el triste moribundo respondía : — ¡ Déjame en paz ! ¡ no turbes mi agonía ! ¡ No me abras el infierno, miserable !

¡ Tu corona arrastraste por el cieno enlodando mi nombre, desgraciada !
¡ Mi amor cambiaste por amor ajeno y me diste mortífero veneno !..
¡ No hay perdón para tí, desventurada !—

— ¡ Padre de mi alma ! ¡ muy culpable he sido ! Mas ¡ tengo el corazón hecho pedazos !
¡ Ah ! ¡ si supieras lo que yo he sufrido, mis culpas echarías en olvido, para tenderme tus amantes brazos !—

—; Vete, vete, criatura envilecida!...
 !No me toques! ; no quiero que me veas!
 ; En el último instante de mi vida
 abres de mi alma la profunda herida,
 hija sin corozón! ; Maldita seas!—

—; No me maldigas padre! ; El Sér Supremo
 pendiente de una cruz redimió al hombre!
 ; El perdona al impuro y al blasfemo!..
 ; Yo, de tu vida en el instante extremo
 perdón te pido por su Santo Nombre!

; Dios, bebiendo su cáliz de amargura,
 perdonó de los hombres el delito!
 ; Perdona tú también á la hija impura!
 ; Y después de la negra desventura
 podremos palpar en lo infinito!—

—; Ah! ; vencistes, Matilde! ; el alma mía!
 adora al Sér que imploras en tu abono!
 ; Ven á mis brazos! ; ven! ; la muerte enfriá
 mi herido corazón!.. en la agonía...
 ; Hija desventurada!.. ; te perdono!—

V

DESOLACIÓN.

El triste anciano murió,
 Matilde lanzó un gemido
 y al duro suelo cayó;
 y una hora después lloró
 un niño recién nacido.

; Infeliz! venía al mundo
 cuando su abuelo espiraba;
 y en un páramo infecundo,
 sumida en dolor profundo,
 su triste madre lloraba.

; Ah! mi corazón se aterra
 cuando pienso estremecida,
 que en la cárcel que me encierra,
 cuando un sér se hunde en la tierra,
 otro comienza su vida.

Que unos seres van pasando
 cuando otros llegan viniendo,
 y todo se va cambiando:
 que una luz se va apagando
 cuando otra se está encendiendo.

Que en perpetua sucesión
 pasan el día y la noche;
 que un árbol troncha el turbión,
 cuando una rosa en botón
 entreabre el pulido broche.

Que todo en el mundo bulle:
 y que en su extensión inmensa,
 todo viene y todo huye;
 y que una vida concluye
 cuando otra vida comienza.

Aquel tierno niño entraba
 á la mundanal balumba;
 y su vida comenzaba
 cuando su abuelo bajaba
 á la funeraria tumba.

; Pobre niño! ; pobre niño!
 ; Qué fué del infortunado,
 si en cuna de blanco armiño
 nunca le arrulló el cariño
 de un padre tierno y honrado?

; Ah! ; quién guardó la inocencia
 de esa preciosa criatura,

si fué su triste existencia
 la de la flor sin esencia
 que nace en la selva oscura?

Huérfano, solo, indijente,
 ; qué tuvo en su adversidad?
 La compasión de la gente;
 que para el niño inocente
 hizo Dios la caridad.

VI

CELOS HORRIBLES.

El tiempo deslizaba:
 y en su marcha fugaz, vertiginosa,
 parecía que todo lo borraba;
 y que al impulso de su raudó vuelo
 iba cavando la profunda fosa
 en donde sepultaba
 los goces de un instante,
 el triste desconsuelo,
 el placer enervante,
 la risueña ilusión y el desencanto,
 el odio que envenena,
 las saturnales y el copioso llanto.

Todo, todo en confuso torbellino
 se pierde entre las sombras del pasado.
 Las flores que la virgen inocente
 permite que deshoje el libertino,
 al desceñir la pudorosa frente
 donde Dios las tenía,
 pierden también su delicada esencia,
 disipan su perfume,
 y solamente queda en la conciencia,
 la sombra de mortal melancolía;
 y algo que mata, y mucho que consume.

Matilde, pobre, triste, abandonada,
 al perpetuo rigor de su fortuna,
 en el dolor inmenso sepultada,
 sin porvenir, sin esperanza alguna,
 en su angustia infinita,
 siempre anhelante, siempre acongojada,
 por el remordimiento
 que sobre el pecador cae y gravita
 aterrador, violento,
 sin dar compensación al cruel tormento,
 era la flor marchita;
 flor infeliz que deshojaba el viento.

En un obscuro cuarto,
 que tenía su puerta hacia la calle,
 la mísera Matilde se escondía
 con su pequeño hijo;
 y al verle tan hermoso le decía:
 —; Ah! ; sólo por tí existo en este mundo!
 ; Por tí soporto el cruel dolor profundo
 que tengo siempre fijo
 en el fondo de mi alma, vida mía!—
 Y el niño, que no hablaba,
 porque era pequeñito,
 á su madre miraba;
 y expresando en sus ojos el deseo
 de calmar su congoja, respondía
 con un suave gorjeo,
 que es el precioso idioma de los niños,
 y con sonrisa, melodioso canto
 que mitiga el dolor y seca el llanto.

Y Matilde, pensando todavía
 en el padre de su hijo, recordaba
 aquel amor profundo
 que en brazos de la infamia le arrojaba,
 y el nombre de Rodulfo maldecía,
 y á su hijo acariciaba
 diciendo con nervioso desvarío :
 — ¡ Muramos ángel mío ! ..
 ¡ Muramos si dichosa quieres verme
 ¡ Iremos á juntarnos con tu abuelo !
 Si su cadáver en la tumba duerme,
 como era un santo, su alma está en el cielo.
 Y el niño la miraba :
 y agitando sus blancas manecitas,
 como si fuesen alas de querube
 que á la tierra bajaba
 envuelto en blanca nube
 para aliviar las penas infinitas
 de su madre infeliz que le adoraba
 el niño contestaba
 siempre riendo y gorjeando ;
 y el tiempo iba pasando
 y la triste mujer nunca olvidaba.

Un día la contaron.
 que Rodulfo á una joven pretendía,
 y que pronto sería
 el esposo feliz de la doncella,
 que era rica y de todos respetada,
 porque á más de ser rica era muy bella.
 Matilde, al escuchar la cruel noticia
 que sin ninguna compasión la dieron,
 sintió que las serpientes ponzoñosas
 de los céelos, en su alma se enroscaron :
 que su pecho abrasaron,
 y que su herido corazón mordieron.

Y la joven, irguiéndose altanera
 como la leona herida,
 exclamó : — ¡ Si tal crimen cometiera,
 le arrancaré su miserable vida !
 ¿ Casarse él ? ¿ él casarse ? ¿ qué locura !
 ¡ Caerá á mis piés ensangrentado y yerto !
 ¡ El infame enlodó mi frente pura
 y está mi nombre de baldón cubierto !
 He llorado en silencio su abandono,
 porque es padre de mi hijo ;
 pero... ; esa villanía no perdono,
 y si se casa morirá de fijo !
 Mujer soy... es verdad... pero en mi pecho
 arde un volcán y su cadente lava
 puede dejar deshecho
 el corazón del hombre que yo amaba.
 ¡ Ay de tí, miserable, si te atreves
 á disponer de la honra que yo quiero !
 Si quieres dar el nombre que me debes...
 ¡ yo lo sabré impedir, mal caballero !

VII

TRAJEDIA.

Era de noche : la apacible luna
 con su corte de estrellas camuñaba
 por el espacio azul ; y magestuosa
 el poético horizonte abrillantaba :
 y al cruzar por el ancho firmamento
 rodeada de luceros titilantes,
 que al ir siguiendo su triunfal carrera
 parecían puñados de brillantes
 que Dios regaba en la celeste esfera,

todo lo iluminaba
 la luna silenciosa
 con luces diamantinas :
 los procelosos y enrespados mares,
 los bosques seculares,
 las enhiestas montañas, las colinas,
 el hervidor torrente,
 las gotas de rocío,
 las espumas del río,
 y los limpios cristales de la fuente.
 Y acariciando las dormidas flores
 como la brillante aureola de su frente,
 esparcía sus diáfanos fulgores
 sobre la humilde aldea y las ciudades ;
 y era testigo fiel de los errores
 y las negras maldades,
 cometidas por seres sin conciencia ;
 que ultrajan la inocencia
 y matan la ilusión jurando amores.

De pié, junto á una esquina,
 cubierto con su capa un hombre estaba,
 y con ojos ardientes
 hacia un balcón miraba :
 y en el oscuro hueco
 de una puerta vecina,
 una mujer ansiosa
 y envuelta en negro luto se ocultaba.

De improviso el balcón, quedo, muy quedo,
 abrióse con cautela,
 y una doncella con semblante ledo
 llamó al hombre que hacía centinela.
 Él se acercó sonriente á la ventana :
 y con acento dulce y cariñoso,
 dijo á la joven : — ¡ Adorada mía !
 ¿ estás contenta ?
 — Sí... porque mañana...
 — ¡ Oh sí ! ; mañana ! ; ¡ venturoso día !
 ¡ Alma de mi alma ! ya seré tu esposo,
 y tú me harás el hombre más dichoso.

Y la mujer aquella,
 que en la vecina puerta se ocultaba,
 la plática escuchaba
 del hombre y la doncella.
 Y cual sombra impalpable
 que ni el viento movía,
 escuchaba la plática amorosa
 y con rabia mordía
 sus manos, y el andrajo miserable
 con que el pálido rostro se cubría.

Un puñal desprendíase del cinto :
 y en la expresión de sus chispeantes ojos
 y de su rostro extinto,
 se leían de su alma los enojos,
 y el fuego del infierno reflejaba,
 del infierno que ardía
 en lo interior de su iracundo pecho,
 y en sus voraces llamas consumía
 su corazón herido
 por el atroz tormento.
 Y que esa misma noche, en un gemido,
 exhalaría su postrer aliento.

La mujer encubierta,
 púsose en pié ; y andando cautelosa,

dejó la obscura puerta
y avanzó algunos pasos
en la sombra que el muro proyectaba;
y cuando caminaba,
parecía una muerta
que esa noche saliera
del panteón funerario,
y que en vez de huesosa calavera,
traía ocultos los ojos de una fiera
entre los negros pliegues del sudario.

Andando lentamente,
logró acercarse al lado de aquel hombre
que á su novia decía :
—; Mañana, vida mía,
me harás feliz y te daré mi nombre !—
—; Ni mañana ni nunca miserable !—
Exclamó la tapada :
y blandiendo su acero
le supo manejar con tal bravura,
que pudo hundirle hasta la empuñadura
en el pecho del hombre despreciable
á quien todos llamaban caballero.

Brotó un caño de sangre de aquel pecho :
y el hombre fementido
bomitando blasfemias horrorosas
y maldiciendo á Dios, cayó vencido ;
y la sangre caliente del herido
el rostro salpicó de la enlutada
que en ese instante estaba descubierta
y que tenía contracción salvaje ;
la contracción horrible de la hiena
que va olfateando al muerto,
y tritura la víctima inmolada
y la sangre vertida
sobre la ardiente arena
de la rejión ignota de un desierto.

Luego, acercando su semblante lívido
al hombre que muriendo se agitaba
en un charco de sangre,
y de Dios y del mundo blasfemaba,
comprimióse las sienes con las manos
y exclamó con arranques de locura
y de febril demencia :
—; Oh qué dicha tan grande ! ; qué ventura
es mandar al infierno á los villanos
que á la mujer ultrajan sin clemencia !—
Y soltando extridente carcajada,
pálida y convulsiva,
dijo feroz y con salvaje acento :
—; Mira !.. ; mira Rodulfo !
sobre tu rostro escupe su saliva
la mujer desgraciada,
la madre abandonada
á quien le diste el cáliz de tormento.

¿ Me conoces, bandido ?
; Soy la infeliz Matilde !
; La que engañaste hablándole de amores !
la que sola ha sufrido
de la miseria horrible los rigores,
la que sin tí dichosa hubiera sido ;
soy la joven humilde
que convertiste de ángel en demonio
para hundir su corona en el olvido,
y burlarte después de sus dolores.

¿ Lo recuerdas, menguado ?
Con tu aliento amargaste la existencia
de la madre de tu hijo ;
; de tu hijo que dejaste abandonado
y sufriendo el rigor de la indijencia,
porque matar sabías la inocencia !
Pero ; tu crimen queda castigado !
La que te amaba con amor profundo,
al irse de tu lado,
deja un infame menos en el mundo ;
lleva un delito más en la conciencia,
pero deja también su honor vengado !—

Cuando expiró Rodulfo,
Matilde había huido presurosa :
y atravesando calles
con una rapidez vertiginosa,
llegó por fin á su infeliz morada,
que dejara entreabierta
y que halló iluminada
por la luz argentina de la luna
que entraba por la puerta,
y que rasgando de la sombra el velo,
reflejaba en la cuna,
donde dormía un niño
precioso é irrocente,
soñando con los ángeles del cielo.

Matilde entró jadeante :
saciado su furor, tembló de espanto :
y al ver de su hijo el célico semblante,
quiso llorar ; y el manantial del llanto,
se lo había agotado la amargura ;
y ansiosa y palpitante,
y cayendo de hinojos,
exclamó la infeliz :—; Padezco tanto !..
; Es tan cruel mi tormento,
que ya no tienen lágrimas mis ojos !—

Y Matilde, que hacía algunos meses
tenía el corazón hipertrofiado,
porque la negra copa de pesares
que apuró hasta las heces,
había su existencia emponzoñado,
quiso pararse ; pero ya no pudo ;
y exclamó con amargo desconsuelo :
—; Me siento herida por un golpe rudo !—
Y Matilde, arrastrándose en el suelo,
y guiada por el rayo de la luna,
pudo llegar á donde estaba el niño
y besar de su rostro el blanco armiño,
apoyada en los bardes de la cuna.

Con un pavor que la dejó aterida
sintió en sus venas de la muerte el frío ;
y febril, delirante, estremecida,
exclamó la infeliz :—; Soy delincuente !..
; Perdóname, hijo mío !..
; Por los celos cegada,
asesiné á tu padre !..
; Con sangre estoy manchada !..
; Ya no puedo besar tu limpia frente !
; Ya no puede existir tu pobre madre !—

Y Matilde cayó desvanecida
sobre la pobre cuna
donde el niño dormía
sin saber que su madre infortunada,

después de sufrir tanto,
sin porvenir, sin esperanza alguna,
transida de quebranto,
entre los brazos de la muerte fría
inclinaba su frente demacrada,
y en ese instante entraba en la agonía.
Y aquella escena fríste y congojosa
de angustia cruel y de dolor vehementemente,
de agonía terrible y espantosa
y de mortal tormento,
aquella escena la alumbró la luna
y siguió caminando lentamente
tranquila y majestuosa,
por el espacio azul del firmamento.

Y pasaron seis años.
Una mañana fría y tempestuosa,
un triste niño al cementerio entraba,
y con voz argentina y cadenciosa
á los sepultureros preguntaba:
—¿ En donde está la tumba de mi madre?—
Y uno de ellos le dijo
con voz indiferente:
—¿ Era pobre tu madre?—
—¡ Ah, sí señor! ¡ muy pobre!—
—Entonces, hijo mío,
aunque el amor te sobre,
baja al suelo la frente
y ya no busques nada.
¿ No sabes, inocente,
qué la tumba del pobre es ignorada?—
Y el hombre aquel de corazón de hielo,
sin ver lo que sufría
el huérfano indigente,
añadió con su voz áspera y fría:
—Si estás solo en el mundo
busca allí tu consuelo.—
Y señaló una cruz que cerca estaba
con los brazos abiertos,
y enhiesta se elevaba
en la mansión sombría
donde tranquilos ya, duermen los muertos.
Y el inocente niño, sollozando
postróse de rodillas en el suelo:
besó la cruz; y se quedó llorando
con los ojos muy fijos en el cielo.

Aprenda mi carísima lectora,
en la trágica historia de Matilde
y del niño que llora,
(historia triste que jamás se ha visto
y nunca se ha de ver en Guatemala,
porque aquí las doncellas son juiciosas,
de lo cual me envanezco y hago gala,)
aprenda, que las miserables mujeres,
que si por su desgracia seducidas
por hombres sin conciencia y fementidos,
olvidan sus deberes
y del honor se alejan,
son mártires sin palma:
y al fin de su jornada sólo dejan:
huérfanos afligidos,
hiel en el corazón, luto en el alma.

Vicenta Laparra de la Cerda.

Guatemala, octubre 20 de 1891.

FORMACION É HISTORIA DE LA TIERRA

La forma que hoy día tiene la Tierra no la ha adquirido repentinamente. Estudiaremos, pues, su historia, origen y formación de sus principios y desenvolvimiento de ellos. Sabido es que la primera y especial historia de nuestro planeta es *Cósmica*, formando así parte de la general del universo; luego es *telúrica*, es decir, su origen es independiente y propio. Desde la antigüedad más remota, los pueblos han tenido diversas preocupaciones respecto de la *Cosmogonía* ú origen de la tierra, encontrándose en sus teogonias suposiciones más ó menos monstruosas, según el estado de instrucción que habían alcanzado.

Los poetas con sus fantasías y con sus especulaciones los filósofos, no han podido hacer nada que esté de acuerdo con los estudios naturales hechos por los modernos, desde el día en que se adquirieron conocimientos más sólidos respecto de las fuerzas naturales, que vemos hoy día ejercer su acción sobre la Tierra, siendo estas mismas las que reinan en el universo ab eterno, y sólo desde ese día diéronse explicaciones verdaderas y razones concluyentes que tuvieran algo más que el prestigio de las imaginaciones ingeniosas.

¡Laplace! ¡Laplace! padre de la *Cosmogonía*, fué quien lanzó á los cuatro vientos la grandiosa é inmutable hipótesis sobre el sistema planetario: y según ese insigne astrónomo, la masa toda de que el actual Sol se halla compuesto, encontrábase, en su origen, en el estado gaseoso, extendiéndose por consiguiente en un espacio sin límites, mucho, muchísimo más allá del último planeta de nuestro sistema solar.

Los cálculos, que á su vez son voz de las matemáticas y por lo mismo eco fiel de la verdad, demuestran que la densidad de la nebulosa que compone la cola de los cometas es mucho mayor que la masa vaporosa del Sol en su primitivo estado.

La formación primera de la Tierra se operó, pues, en el centro de este gran globo de vapor, formando así un núcleo, y que puesto en rotación comunicó este movimiento á la masa de vapor de que estaba rodeado. Esta masa gaseosa, en virtud de la fuerza centrífuga, tomó una forma deprimida, casi lenticular, y haciéndose aquel movimiento cada vez más rápido hacia la periferia de la envoltura vaporosa, llegó á prevalecer la fuerza centrífuga y separó en forma de anillos la parte más exterior. Siguió el movimiento rotatorio y dirección primitiva este cálculo, y, condensándose más y más, constituyose en un globo independiente, formando de esta manera el más exterior ó el primero de los planetas.

De la condensación primitiva del núcleo central, se determinaron sucesivamente muchas separaciones de capas exteriores, y de ella la formación de esa gran serie de planetas que forman nuestro sistema solar.

Cuando estos cuerpos se encontraron separados, siguieron una marcha algún tanto diferente en su ulterior desenvolvimiento. El fenómeno que en grande acabamos de describir, se repitió en pequeño, produciendo así los *Satélites* ó *lunas*.

En *Saturno*, encontramos la reproducción de lo que hemos dicho antes, en pequeño, con sus hermosos y relucientes anillos, que son el encanto no sólo del astrónomo, sino aún de los profanos. La masa desprendida de la parte princi-

pal no se condensó en un solo planeta, sino que dividióse en una infinidad de cuerpos planetarios ó corpúsculos, que llamamos planetas telescópicos ó asteroides y que gravítan al rededor é igual distancia del Sol, llamado en la antigüedad centro del universo. Con *Mercurio*, el planeta más joven, se completó nuestro sistema, recibiendo así su complemento (quizá no el último) y el Sol su núcleo, obrando desde entonces este último planeta como centro indivisible de atracción; creencia errónea y sin fundamento por cierto.

La teoría de Laplace no es más que la expresión de las relaciones que existen en el sistema planetario, y fúndase en el hecho de que todos los planetas y satélites giran en una misma dirección, siendo esta la que les imprime el movimiento rotatorio del Sol sobre su propio eje, exceptuándose de esta ley los satélites de *Urano*, por causas que los astrónomos explican.

Los fenómenos que dejamos descritos pueden producirse en un vaso ordinario. Si vertimos en este vaso una mezcla de espíritu de vino y agua, y añadimos luego una pequeña cantidad de aceite, éste, en virtud de la presión que ejerce, y que es igual en todos los lados, toma la forma de una bola, que nada en la mezcla de alcohol y agua. Ahora bien, si á guisa de eje atravesamos la esfera de aceite con un hilo metálico fino y le imprimimos un movimiento giratorio sobre sí mismo con mucha celeridad y vamos aumentando la velocidad, se la verá aplastarse y desprenderse de ella algunas capas, formando estas capas separadas pequeños globulos.

Pero sigamos con nuestra bola de gas la *tierra futura*, que por un momento nos habíamos olvidado de ella; sigámosla en su órbita y veremos las afinidades químicas

manifestarse poco á poco en su materia, siendo hasta entonces dominada por las fuerzas físicas. Los átomos, que habían permanecido separados unos de otros y á grandes distancias, se atraen, se aproximan y, combinándose esta atracción, quedan por último sometidos á las reacciones químicas.

Á todas las combinaciones, cuyos elementos son un poco enérgicos, acompaña siempre un gran desenvolvimiento de calor. Si lanzamos, por ejemplo, un pedazo de potasio sobre el agua, lo vemos arder, y gira silvando; de donde se deduce que la tierra debió estar enteramente abrasada. Los elementos que pudieron resistir á la alta temperatura de la tierra, se unieron entre sí para poder formar combinaciones.

Este núcleo terrestre, ahora sólido, estaba envuelto por una atmósfera de cuerpos gaseosos, mezclándose en ella vapores en gran cantidad de combinaciones volátiles, que, bajo aquella temperatura sumamente elevada, no podían mantenerse en estado líquido ó sólido. El puesto que ocupan los mares era ocupado entonces por el vapor de agua, y la tierra, en aquella época primitiva, se nos presenta bajo la forma de un núcleo incandescente y blando, envuelto en una atmósfera extraordinariamente densa.

Constantemente emitía calor en el espacio esta bola de fuego, produciendo en su superficie sus efectos primeros. Dificiles combinaciones, tales como el *silicato de alumina*, empezaron luego á depositarse y formóse entonces, por medio del enfriamiento progresivo, una envoltura delgada ó sea una corteza débil, sobre el núcleo incandescente, separándolo de su atmósfera de vapor.

Fué así como se formó la primera base de la corteza terrestre, au-

mentando su espesor tanto más pronto cuanto la fuerza directa del fuego interior había sido detenida. Pudieron precipitarse, por lo menos en parte, las combinaciones volátiles, y enlazarse en estado líquido sobre la corteza terrestre.

El análisis espectral, no sólo nos ha permitido ver en el estado en que se hallan los cuerpos celestes, sino que también nos ha hecho descubrir otras muchas masas vaporosas en el espacio, y que el astro del día es un globo incandescente rodeado de una atmósfera, lo cual está conforme con nuestra hipótesis sobre la formación de la tierra.

Por observaciones directas que se han hecho háse averiguado que el interior de la tierra se encuentra en estado de fusión. Cada punto de la tierra tiene su temperatura anual, la que está en razón directa de su posición geográfica, de su grado de latitud, y, más que todo, de su altura. En unos lugares, esta temperatura media es de 10°, 8, en el Ecuador es de 25°. Si se coloca un termómetro en un lugar cualquiera á un metro de profundidad, éste ya no acusa las variaciones de temperatura de un día, sino las de la temperatura del año en aquel país.

Y á una profundidad de 20 á 24 metros, la temperatura que el termómetro indica será la misma ó igual á la media anual que marcaría en el aire libre en el lugar donde se hacen las observaciones. Ni el más frío invierno, ni el más caluroso estío, producen allí cambio alguno: ese es un calor *propio* de la tierra é independiente del Sol. Si de este punto avanzamos hacia el centro de la tierra, observamos que el termómetro va marcando un grado más, por cada 30 metros de profundidad. Los pozos artesianos son una prueba de que en aquellos lugares muy distantes y en las profundidades que hasta el día se co-

nocen, se ha observado ese crecimiento del calor terrestre, continuando este aumento de temperatura de una manera constante hasta las partes más hondas é inaccesibles, por consiguiente, á las observaciones directas; á una profundidad de 54 kilómetros, deberá ser irremisiblemente de 1,800 grados, á cuya temperatura se funde el hierro; y á la de 80 kilómetros, esa temperatura será de 2,700 grados, en la cual se encuentran en estado de fusión ígnea todos los cuerpos.

Esto nos viene á explicar por qué tienen más alta temperatura las fuentes termales, por cuanto tienen su origen en capas más profundas del suelo.

Partiendo de esta ley de crecimiento del calor central, se ha admitido que el espesor de la tierra es próximamente de 30 á 40 kilómetros, lo que ha permitido compararla relativamente con el pericarpio de una manzana es á su carne.

Lo que nos suministra prueba de que la Tierra fué líquida en su origen, es el aplanamiento en los polos.

Se ha demostrado también por medio de las oscilaciones del péndulo este aplastamiento: que están subordinadas, en los puntos más diferentes del globo, á una relación tal, que nos conduce á creer y afirmar que la masa terrestre está distribuida uniformemente, lo que no puede concebirse que se haya podido efectuar en un cuerpo, cuyas partículas materiales tuvieron en cierta época entre sí un movimiento bastante enérgico para poder ceder á la acción de la fuerza centrífuga.

Resulta, pues, de los hechos que dejamos expuestos y de las consecuencias de ellos, que fué al principio el globo terrestre una masa incandescente y fluida, y que solamente se encuentra en estado de

fusión ígnea su núcleo interior. Sólo así es como llegamos á encontrar en las formaciones geológicas ciertas semejanzas en sus sucesiones y su aparición y caracteres de que están distinguidas, pueden explicarse á su aparición, de una manera más satisfactoria que con cualquiera otra hipótesis.

Volvamos ahora á la envoltura de nuestro planeta, es decir, á la corteza que lo envuelve. Admitamos desde luego que esta corteza experimentó frecuentes roturas, por ser muy débil al comienzo; y los fragmentos que de ella resultaron soldáronse más ó menos entre sí, como se sueldan las partículas de hierro que, arrastradas por un río, se depositan en un paraje cualquiera de la tierra, que en cierta época presentóse como un globo perfecto, es decir, sin ninguna elevación en la superficie, rodeada de caliente mar, pero de profundidad muy poca y de una atmósfera sumamente densa, por los vapores que de los mares emanaban.

Aun encontramos en el día y dentro de las rocas, restos de la corteza primitiva, no alterados todavía, á pesar de los innúmeros siglos que han trascurrido. Los esquistos cristalinos y el gneís, que son tan insolubles como infusibles, han sido y aun son todavía considerados como rocas primordiales, aunque hayan sido modificadas por el contacto con otras. Verdad es que la Tierra tuvo en su nacimiento forma muy simple y que se sucedieron en su superficie revoluciones tales que la modificaron profundamente.

Lo que es difícil es determinar cuándo y cómo estos cambios se han verificado; mas, como quiera que haya sido, lo único que afirmar podemos es, que esto se efectuó en épocas muy remotas, anteriores á los tiempos prehistóricos. Debemos notar que las revoluciones geo-

lógicas no se han producido súbitamente, ni como los actos de una representación teatral, asemejándose más bien al desenvolvimiento progresivo de la historia de la humanidad; y en este desarrollo (primitivo por cierto) descubrimos períodos más ó menos grandes, pero ninguno nos podría afirmar que se efectuaron en tal ó cual siglo y mucho menos en que año.

Igual error cometiéramos si creyéramos que estas revoluciones se efectuaran por fuerzas mucho más grandes y enérgicas que las que hoy conocemos. La electricidad, el magnetismo, la gravedad y la afinidad química, en suma, todas las diferentes manifestaciones de la fuerza, han trabajado en nuestros días sobre la misma materia, como en las primeras épocas; y seguirán trabajando de igual manera hasta la consumación de los siglos. Lo que nos conviene hacer notar, es, que la acción de la fuerza, por débil que sea, aunque apenas sea sensible, producirá resultados asombrosos y ella, ejerciendo su acción durante algún tiempo, hará descubrir nuevas fuentes de vida y de calor. Las montañas pueden haber sido producidas por un levantamiento del suelo con lentitud suma fuerzas constantes; durante millones de millones de años, produjeron necesariamente tales efectos, la erosión de los valles, los depósitos y transformaciones en esquistos y areniscas del limo arrastrado por los ríos, la construcción de bancos de coral y de creta por un mundo animal invisible, son ejemplos de la acción de las fuerzas geológicas aún muy lentas.

ESTEBAN C. ROQUE.

San Salvador, Nbre. de 1891.

SONETO.

En el cansado viaje de la vida
A cada paso una ilusión perdemos,
En torno nuestro dibujarse vemos
La noche del dolor ennegrecida.

El alma, pobre mártir, detenida
En el mísero polvo en que yacemos,
Apura del pesar ¡ay! los extremos
Y de angustia mortal se siente herida.

Si al fulgor de una plácida esperanza
Ella recobra nuevo aliento y brío,
Al traslucir la dicha en lontananza

Revístese de orgullo y poderío,
Se agita tras su ideal, ebria se lanza;
Mas desmayada y triste, halla el vacío!

JOSEFA CARRASCO.

Santa Bárbara. (Honduras).

NOTAS Y SENSACIONES.

... A los postres de una comida, en un establecimiento campestre, la caprichosa curva que sigue la conversación entre jóvenes, nos condujo casualmente á hablar de sueños. Cada comensal refirió uno más ó menos extravagante agregando luego comentarios ingeniosos y exponiendo teorías donde el espíritu del champagne se sustituía alegremente á la razón y á la lógica.

Al terminar la comida, Esteban Castel me propuso que volviésemos á pié á la ciudad, y yo acepté de buena gana. Un paseo de media hora, sin darse prisa, charlando con un amigo amable y franco, es quizás el mejor específico para activar una digestión que amenaza ser laboriosa. Además, Castel acababa de llegar de un viaje, y natural era que me refiriese alguna anécdota divertida ó instructiva.

Pero, en vez de hablarme de su viaje, mi amigo empesó á disertar sobre los sueños, y, cinco minutos después, abandonó la disertación por la confidencia, para decirme:

—Y bien, si entre jóvenes que comen

y beben más de lo ordinario pudiera hablarse de cosas serias, yo habría referido un sueño verdaderamente curioso. Ayer, al despertar, Ivonne me dice: He soñado que el vecino había disparado un tiro de revólver á su querida y que en la calle gritaban ¡al asesino! ¡al asesino!

“Sin preocuparme de la ruidosa carcajada con que Ivonne acentuó las últimas palabras, dí un salto en la cama, apoyé un codo en la almohada y la obligué á referirme cuanto recordaba de su sueño. A medida que ella hablaba, análogos recuerdos surgían de mi memoria, disipando las nieblas del olvido, alumbrando los detalles de una escena precisa y lógica como las escenas de la vida real. Diablo! Yo había soñado lo mismo.

“Simple coincidencia! pensarás tú. . . Anteayer llegamos de un largo viaje, uno de esos viajes de verano por países desconocidos, que nos dejan un conjunto de sensaciones no clasificadas y provocan en los nervios una tensión extraordinaria que á menudo se convierte en invencible cansancio. Nada extraño que nuestro sueño no fuese tranquilo. Pero ¿por qué soñar lo mismo, y al propio tiempo sin haber siquiera hablado los días anteriores de crímenes pasionales?”

Acelerando el paso, Castel continuó bruscamente:

“La fisiología empieza á determinar las últimas relaciones nerviosas que se establecen entre los organismos habituados al mismo medio sensacional, y tal vez llegue pronto á comprobar que la simpatía, el amor, el odio, no son más que manifestaciones especiales de corrientes electro-magnéticas. Si allá vamos, nada más exacto que el materialismo brutal que nos predica Aracil. Recuerdas su teoría? Dos seres se encuentran; causas extrañas á ellos mismos los hacen vibrar de un modo análogo; sus miradas creen comprenderse; sus pensamientos se creen hermanos, sus almas se creen atraídas la una por la otra. . . y estas simpatías inconscientes son lo que llamamos amor. Una ficción! puesto que tal estado nervioso no es igualmente intenso en los dos seres que creen amarse, y además, á menudo se transforma, para uno de los dos, eu hastío, indiferencia ó cálculo, á medida que en el

otro aumenta. Y esa desigualdad necesaria es la fuente de todos los tormentos. De dos seres que creen amarse, el uno ejerce siempre un dominio más ó menos absoluto sobre el otro. El que no ama ya, ó ama menos, es siempre superior al que ama más. . . .

“Desde hace días observo en mí un fenómeno que parece comprobar la teoría de nuestro amigo. Yo pronuncio ciertas frases exactamente con el mismo acento que Ivonne, con los mismos movimientos de fisonomía. Me apropio todos sus gestos. Cuando me encolerizo, es como ella: cuando quiero expresar un gran placer, lo hago como ella. . . ¿Por qué á ella no le sucede lo mismo? ¿Por qué soy yo quien la imita fatalmente, sin quererlo? Es tal el dominio que esta mujer ejerce sobre mí, es tal el amor que la tengo, que mi vida se alimenta de la suya. . . . Pero, si ella me amase, en ella también observaría yo esa adaptación de gestos y movimientos que observo en mí mismo.

“¿O será que su amor no ha llegado todavía á la misma tensión que el mío? . . . La otra noche reñimos seriamente. Nos juramos que todo había concluido entre nosotros, y marché convencido de la sinceridad de nuestra ruptura. La mañana siguiente empecé á escribir una novela, la de mi vida. Mañana triste, como mi alma; cielo gris, como mis pensamientos; ligera lluvia que apenas mojaba la tierra, semejante á las lágrimas vergonzosas y húmedas, que brotaban á mis ojos. . . Tú sabes que mi gabinete de trabajo está situado en la planta baja y da á la calle. En el momento en que medito una idea, veo detenerse un carruaje cerrado. Una mujer baja y llama: Ivonne! Llanto y reconciliación. Aquella mañana creí que me amaba.

“Dos días después me dijo que iba á ausentarse por algunas semanas, y agregó sonriendo: “yo te amo siempre: tú volverás á tomarme cuando regrese”. . . Qué dices tú de este verbo: *tomarme*? Como si fuese un mueble! Y tuve que comprarle una *rivière* de brillantes para que no se marchase. . . . ¿Del contacto de la mujer caprichosa y voluble, que prefiere á todo lo demás el triunfo mundano, la victoria de su belleza, y del hombre que aspira á la felicidad íntima, á la dicha absoluta, podrá surgir el amor, el profundo, el verdadero, el úni-

co amor, la amalgama de dos vidas, la compenetración de dos almas....?"

Castel terminó su largo monólogo cuando llegábamos á la puerta de su casa. Al darme la mano, noté en sus ojos una tristeza tan resignada, que desde el fondo del alma le deseé las ¡buenas noches!

JOSÉ GIL FORTOUL.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA J. C.

Por qué anhelan tus oídos
los sonidos
de mi trémulo laud,
si es tan sólo cada nota
una gota
de amargura y de acritud?

*

Dulce amiga!: tú no sabes
qué tan graves
son los ecos del pesar .. ,
pues no temes con mis cantos
los encantos
de tu dicha perturbar....

*

De tu vida en los albores,
sólo flores
guarda el mundo hoy para ti;
más no adviertes que, entre tanto,
todo es llanto,
todo es luto para mí.

*

A través de tu inocencia,
la existencia
es un sueño rosicler,
y es el mundo un paraíso
cuyo hechizo
llena tu alma de placer.

*

Pero en mi hórrida agonía,
cada día
es un siglo de dolor,
y es la tierra ancho desierto
do no advierto
más que sombras en redor....

*

Por un lóbrego camino
voy sin tino
al capricho del azar:
¿Qué le anima al que, sin calma,
siente en su alma
un recóndito penar.....?

*

Alejado de mis lares,
los pesares
van siguiéndome á doquier,
y ya no hallo en este suelo
un consuelo
á mi rudo padecer.....

*

Ay! No vuelva, pues, tu oído
ni un sonido
á esperar de mi laud,
mientras sea cada nota
una gota
de amargura y de acritud!

SABELIO.

San Salvador.

PALOMAS DE INVIERNO.

Cubierto de muy negros nubarrones, baja al ocaso el sol.

Sobre el techo de mi casa, las palomas de invierno pasan batiendo sus nevadas alas.

Oid, blancas palomas!

Llevalde, mis tristezas, mis suspiros á la niña morena de ojos negros.....

Ah, de la pálida tarde! ah, de la tarde amarilla! Las hojas de los árboles se agitan.

Muere la luz.....

Invernal! Los nubarrones negros en el espacio inmenso, se encuentran y se besan con besos infinitos. Y luego? El aire trae brisas que acarician las mejillas.

Ya no hay azul!

Solo se ven *nimbus* grises que amenazan la tierra.

La lluvia golpea los vidrios de las ventanas.

En mi estancia hay poesía aquí las rimas de Becquer, los cantares de Heine, y allá las odas de Horacio.....

Oh, lira!

Salve, lira del genio que llevas en tus alas la armonía!

Aquí tengo los cantos de Andrade, las músicas agrestes del arpa americana.....!

Invierno! Son tus brisas lluvia de inspiraciones, y tus frios una estrofa de amor escrita sobre las nieves del polo.

Yo estoy con mis tristezas infinitas, con ilusiones íntimas, soñando suspiros y quejas, las músicas del arpa gemidora y las negras pupilas de mi amada.....

Oid:

A las pálidas luces de una lámpara, en mi estancia tranquila, al golpear de la lluvia en los cristales y en medio de una zambra de lirios, siento las manos de mi dulce amada, lánguidas y suaves, posarse en mi cabeza pensativa. Su aliento perfumado, me roza en los cabellos.

Sí.—La estoy viendo á mi lado

Ella me da sus sonrisas.

Ella me inspira cantares.

Es ella, sí, la estatua de una Venus en bronce tallada, la de la vuelta pestaña, la que lleva en sus negras pupilas el fuego no extinto del sol de Israel. Ella, la murillesca visión de mis delirios, la que tiene en el rostro un reflejo de Agar, la del cuello gentil y delicado....!

Oh, Hebe morena.

Amada! tienes púrpura en los labios, la luz de Orión en los ojos. Por lo linda te pareces á un idilio en las florestes, cuando se escuchan las ruinas que escribe el aire en las hojas. Es tu voz himno de amores, lleno de notas bíbleas.....!

Ves aquella ánfora griega?

Pues tiene vino de Naxos. De allí tomo cuando quiero escribir suavemente cantares para enviártelos, amada, sobre las alas de nieve de mis palomas de invierno.

Ven, amada! Consumamos todo el vino que hay de Naxos, en la gran ánfora griega, que en los bordes cincelados de ese vaso, color de ónix, está el arco de Cupido.

Ven!

Pleno sol! Pasó la noche de mis delirios, la de mis dulces sueños: quisiera siempre soñar!

Oh! maestro Platón: *semel insanabimus omnes*.

Mi pálida morena, mi morena de ojos grandes y negros, por mirarte encarnada, por tenerte muy cerca, diera mil historias de rosas y de estrellas que se besan, por medio de un rayo de luz sideral.

Mi pálida morena, mi morena de ojos grandes y negros, por mirarte otra vez, diera yo albas rosadas, diera el áureo polvo de que se componen los rayos del sol.....

Yo sueño con tus recuerdos y siento vibrar en mi oído tu melódica voz, semejante al rasgueo de las arpas eólicas y de las liras septicordes.

Yo soy el enamorado meditabundo que tiene celos de la luz celeste que te besa en la húmeda pupila; yo soy el que vive de rodillas ante la inefable belleza de tu imagen que me finge, en sueños, el grato resplandor de mis memorias.

Pálida morena de ojos grandes
y negros!

La paloma invernial y tímida, te
llevará sobre sus alas níveas, todo
un enjambre de ilusiones albas, afi-
ligranadas por la pálida luz de la
aurora de invierno!

Sonríe entonces, morena bella,
que de tu dulce, suave sonrisa, e-
mergerán los cantos del amor y la
esperanza!

Morena de ojos grandes y negros,
quién me diera besarte en los la-
bios, y recibir la luz de tu mirada!

Ah, mis blancas, mis adoradas
palomas de invierno! Ellas traje-
ron, sobre sus alas, rondas de ri-
mas, torbellinos de sueños de color
de aurora; y me dejaron con su re-
cuerdo, un rayo de luz inmortal...!

RAMÓN P. MOLINA.

NOTA ALEGRE.

El viejo, cabizbajo y pensativo,
Apoya en ambas manos la cabeza;
Su esposa hace calcetas y se advierte
Que algún recuerdo triste le atormenta.
La muchacha también, bella enlutada,
Parece que tuviera una honda pena:
De vez en cuando fija sus pupilas
En un retrato y palidece trémula,
Y sobre la labor abandonada
Una lágrima cae y luego rueda.
Todos están así: ninguno mira
Qué alegre está el jardín y la pradera
A los rayos del sol, llenos de pájaros,
De flores y de niños que allí juegan.
En medio del silencio, de improviso,
Abrióse con estrépito la puerta
Y apareció, dando traspies, sonriendo,
Un niño rubio de pupilas negras
Que traía embozado en su camisa
A su amiguito, el gato. ¡Adiós tristezas!
Es preciso atender al niño, al gato.
Todos ríen entonces, ya no hay penas;
Ante el tartamudeo de aquel niño,
No hay lágrimas, recuerdos ni calcetas!....

?

Quién sabe á donde va? Quién del destino
Puede rasgar el misterioso velo?

Quién sabe si ha de hallar en su camino
La calma ó bien el rudo torbellino,
Timieblas de la sima ó luz del cielo...?

Yo siento que una fuerza irresistible
Me arrastra á mi pesar, contra mi fé;
Su poderoso impulso es invencible,
No puedo resistir; es imposible!
Y corro ciego; ¿á donde?; ¡no lo sé!....

RIMAS.

Si yo pudiera saber
Lo que llevas en el alma,
Entonce pronto sabría
Si alguna dicha me aguarda...

Si pudiera comprender
Lo que hay en tu pensamiento,
Entonce, mi bien, sabría
Si mi esperanza no es sueño.

¡Ah! si fuera verdad que los versos
Son palabras que brotan del alma,
Tú verías, amiga, hoy en éstos,
Cómo ardiente mi pecho te ama.

Quand au lever du jour le soleil dore
De ses plus beaux rayons le vert feuillage
Et j'entends du pinson le gai ramage
Je dis: chante encore...
Quand j'entends ta voix douce, ivre d'amour
Je dis: chante toujours!.....

Si acaso alguna vez tu pensamiento
Llega hasta mí,
Envíame en sus alas un recuerdo
Y no olvides que, triste, solo pienso,
Mi bien, en tí!

Lève-toi, déjà l'aube pure
Remonte l'azur des cieux,
Et les oiseaux dans la ramure
S'éveillent en chantant joyeux
Lève-toi, dans le lointain,
Là-bas, derrière le mont,
Les lueurs du matin
Eclairent l'horizon.
Viens contempler le beau jour
Avec moi, ma chérie, un instant
Et nos promesses de doux amour
Disons tous les deux en chantant!

Que todo es imposible? Y tú lo dices,
Y te atreves á hablarme de tu amor!
Ese es amor porque lo dice el labio,
Mas no porque lo sienta el corazón!...

Jamás una palabra yo te he dicho
De lo que guardo aquí en el corazón,
Te he dicho, sin embargo, tantas cosas,
Que es ya larga la historia de mi amor!

J. A. D.

"FLOR DE LOS BOSQUES"

NOVELITA HISTÓRICA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS
POR LA SEÑORITA

AMADA S. PAZ.

Capítulo I.

En julio del año de 1561 Carlos IX publicó en Laye, el edicto de San German, que defendía bajo pena de muerte y confiscación de bienes, las asambleas religiosas de los protestantes.

El Almirante de Coligni, jefe de las reformas, inquieto por el jiro que tomaban las cosas, resolvió buscar asilo en el Nuevo Mundo, y, con el permiso del Rey, equipó en Dieppe dos navíos y dió la orden de partir á Juan Ribo, quien tomó por su jefe al Capitán Alberto y partió de Dieppe, el 18 de febrero de 1562; llevaba consigo algunos soldados y buen número de emigrados, entre los cuales se encontraban Nicolás Barée y Pedro Gerard, además, dos carpinteros de marina, que iban á buscar fortuna en América.

Tras una feliz travesía, Ribo descubrió tierra en el sitio donde está situada la villa de San Agustín, en Florida, y se remontó hasta el rio Santa María, donde hizo su desembarco el primero de Mayo de 1562. Habiendo erigido una Colonia, en la cual él grabó las armas de Francia como signo de toma de posesión, y no siendo éste un sitio favorable para su establecimiento, se embarcó de nuevo y llegó hasta el rio Edisto, en la Carolina del Sur. Dió el nombre de Puerto Royal, al lugar donde estableció su Colonia, y se ocupó en fundar un fuerte sobre la isla que se encuentra en la embocadura de dicho rio. Una vez establecida esta defensa, Ribo dejó la Colonia bajo las órdenes del Capitán Alberto, y volvió á Francia á bus-

car los recursos necesarios para su subsistencia; llegó en 1564, y encontrando la Francia presa de la guerra civil, tuvo necesidad de esperar el fin de esta crisis.

El Capitán Alberto, se hizo soldado supremo en la Colonia, prohibió bajo pena de muerte toda unión con las mujeres indias; no fomentó la agricultura, y contando enteramente con los recursos que Ribo había ido á buscar, permitió á sus súbditos perder su tiempo en buscar minas de preciosos metales. (Esto fué al regresar de una ligera expedición de este género).

El Cacique en cuyas tierras estaban establecidos los colonos, invitó á Nicolas Barée y á Pedro Gerard, á reposar en su casa; los dos amigos aceptaron, para desgracia de la Colonia, porque ellos conocieron allí á *Flor de los Bosques*, hija del jefe, quien gustó á Barée, y por consiguiente le inspiró una violenta pasión.

Capítulo II.

La posición de Barée; enamorado, no era serena: la vida sin Flor de los Bosques, le parecía imposible, creía que su tranquilidad y su dicha, consistía en unirse á esta joven; podía, es verdad, alejarse de ella, pero sería dar un eternal adiós á sus camaradas, á la Francia, á su madre que le esperaba allá lejos, sería peor que la muerte, sería en fin, la vida del Pária. Esta cruel posición agrió su carácter, y el que Gerard había conocido el hombre alegre, se volvió sombrío y buscó la soledad. Gerard sufrió en silencio la mudanza que había habido en su amigo, reflexionaba que razonar con él sería arrojar aceite al fuego; pero temiendo que se hiciese loco, resolvió sacarlo de aquel estado á todo costo. Una noche que estaban solos en su apo-

sento, Gerard se dirigió á Barée, que sentado delante de una mesa había apoyado su cabeza sobre un brazo, y tocándole el hombro, le dijo:

—Dime por fin, mi viejo, eso vá á durar largo tiempo así?

—Qué es esto? dijo Barée, levantando la cabeza. Qué es esto?

—Es que tú me enfadas con tus aires trágicos, al verte se creería que vienes de enterrar á toda tu familia: no es posible que esta piel rosada, sea quien lo valga todo. . . .

—Barée estaba de pié y cortándole la palabra:

—Sabe Gerard, que si tú quieres que séamos siempre amigos, es necesario que hables respetuosamente.

—Está bien!! está bien!! hablaré respetuosamente, me quitaré el sombrero al pasar delante de la señora. Pero ya su amigo había caído sobre un banco, y le pedía perdón.

—Perdón Gerard, perdón! estoy loco.

—Pardiez!! me apercibo bien, vamos. ¿Quieres darme el placer de hablarme familiarmente?

—¡Oh con mucho gusto!

—Pues bien, dime qué intenciones tienes con respecto á la bella Flor de los Bosques?

—Gerard, tú eres rencoroso, feo defecto; sin embargo, quiero decirte la verdad: deseo hacerla mi esposa.

—Cómo!! Tú estás completamente loco!! Y el Capitán?

—Qué vale para mí la vida sin ella?

—Oh! la vida es muy amable.

—Ay! si supieras cuánto la amo!

—Ay! ya me formo una idea, es un bestia un enamorado.

—¡Pardiez! si yo tuviera dominio en esta joven, le enseñaría á arreglarte; escucha: reflexiona por fin un poco, si estás todavía capaz.

—Todas mis reflexiones están

hechas: Flor de los Bosques, ó la muerte.

—Tranquilízate, tendrás la vida y á Flor de los Bosques. Y cuándo la danza?

—Mañana le pediré sea mi esposa.

—Antes de los violines, soy yo.

—Cómo serás tú?

—Ciertamente: Flor de los Bosques bailará contigo la primera figura, y la segunda conmigo.

Jamás! tú no tienes nada que hacer allá adentro; yo no quiero, que te hagas muerto por mí.

—Oh! si es absolutamente necesario que haya muertes, se verá; pero ya tengo una idea; es preciosa y rara, tú no tienes sin duda, en tu calidad de enamorado, nota de que nuestros camaradas, tienen bastante de la América y del Capitán; si, ellos han aprendido á sus costas que no hay minas de oro en los contornos y que teniendo que trabajar para vivir prefieren hacerlo en Francia y no aquí; nos burlamos absolutamente de todo; las provisiones son concluidas y Ribo no parece; así es que yo entiendo mucho de murmullos de rebelión, y estoy seguro que ellos no esperan más que la ocasión para mostrar sus dientes. Ahora, dame tu palabra de honor de volver á Francia en primera acasión y yo te prometo que, mañana por la mañana, la Colonia tendrá un nuevo jefe.

—Está bien, acepto con una condición.

—Cuál?

—Que me hagas nombrar jefe.

—Eso es justo y yo seré tu Teniente.

—Entonces, antes de mañana por la mañana, la rebelión?

—Sí, y si tú quieres, antes de mañana por la tarde, tu matrimonio.

—Gerard, yo te deberé mi dicha!

—Está bien, sabremos eso cuando tú desembarques en Francia;

en tu calidad de Capitán te recibirán con entusiasmo.

—Y mi Teniente podía estar en la danza, añadió Barée riéndose.

—Hace algún tiempo que no te oía reír, respondió su amigo ya dormiré tranquilo.

Capítulo III.

Al día siguiente Barée estaba de camino hacia el campo indio. Flor de los Bosques le vió venir, y corriendo á su encuentro, le tomó las manos.

—“Buenos días mi amigo,” dijo ella.

Barée, después de haber visto largamente á la joven que le sonreía, dijo: vamos, qué, te causaría más placer que el Capitán cambie de ideas. Hablas verdad?....

—El no ha cambiado de ideas, pero nos pasaremos de su permiso.

—Dime, quieres ser mi esposa?

—Que si quiero ser tu esposa? tú sabes bien que es imposible. Por qué pedírmelo?

Te equivocas, nuestros camaradas tienen bastante de América; Gerard va á exitarlos á una rebelión y mañana el Capitán será muerto. Dime que quieres ser mi esposa!

Por toda respuesta, ella le puso los brazos al rededor del cuello y reclinó su cabeza en el pecho de su amante. Barée cubrió de besos esta cabeza, sin abandonarla un momento; después la joven, tomándole del brazo, lo llevó hacia su padre, á quien le comunicó la buena nueva.

Dejaremos á los dos enamorados alejarse, para ocuparnos de lo que hacía Gerard.

Gerard, madrugador como Barée, había comenzado el día en dar una vuelta en el campo, pasando de una tienda á otra; citó á sus camaradas para el medio día, al *cerro florido*, situado á una milla

del campo. Los colonos, en número de 75, (pues habían sido disminuidos por grandes fiebres, hasta quedar por mitad), fueron exactos á la cita. Todos esperaban que sería cuestión de una rebelión, y ansiaban porque Gerard tomase parte en la reunión. Una vez ejecutado esto, Gerard subió sobre los hombros de dos de los más robustos y les dirigió una alocución, que para no ser una obra exquisita de arte oratoria, no tuvo menos que un éxito prodigioso. Expresó la posición crítica de la Colonia; habló sobre los defectos del Capitán; hizo ver las ventajas que tendrían al volver á Francia; en fin, puso á sus camaradas al corriente de la situación de su amigo, y les preguntó, si lo dejarían asesinar. No hubo más que una voz: ¡muerte al Capitán y viva la Francia! Gerard, los hizo partícipes de su plan, el cual consistía en acordar para los soldados, vida salva y libertad entera si ellos rendían las armas. En cuanto al Capitán, era poco probable que se rindiese, y en tal caso, valía más acabar con él, y Gerard se encargaría de esta obra. El plan fué aceptado, y no restaba más que escoger dos jefes, ó encontrar dos hombres que quisieran encargarse de la responsabilidad de estas posiciones. Gerard propuso á Barée como jefe, y él, su segundo: fueron aceptados unánimemente; después la cita fué aceptada para la tienda de Barée, al día siguiente por la mañana, y dos tiros de rifle fueron fijados como señal de rehacimiento. Hasta el momento, todos debían mantenerse tranquilos, á fin de no despertar sospechas. Una vez tomadas estas medidas, Gerard corrió á donde su amigo, para ponerlo al corriente de la situación. Le encontró en una deliciosa conversación; pero él llevaba demasiado buenas noticias, para ser bien recibido y no et-

mió interrumpir su entretenimiento.

Capítulo IV.

Quien hubiera visto el campo á las cuatro de la mañana, el día de la rebelión, no tendría poca duda de que una hora después, este campo, en apariencia tan pacífico, tendría de súbito una transformación: Todo allí parecía dormir en calma, mientras que en realidad, de pié y puestos en obra los colonos, esperaban con impaciencia la señal convenida. A las cuatro y cuarto, dos tiros de rifle salieron de la tienda de Barée, y luego se le vió aparecer seguido de Gerard. En un instante estuvieron cerca de sus camaradas, y poniéndose Barée á su cabeza, corrió á las tiendas de los soldados. La centinela había creído los tiros de rifle, un llamamiento inofensivo entre camaradas; pero á la vista del amotinamiento, dió la voz de alarma, y los soldados se dispusieron á vender caramente sus vidas. Barée, al llegar á las tiendas, hizo señal á su tropa de quedarse y elevando la voz á manera de ser entendida por todos, les dirigió la palabra: Camaradas, dijo él, vosotros sois 20; nosotros 75; ustedes no pueden entonces luchar con nosotros con ventaja: ved aquí lo que os propongo á nombre de aquellos de quienes soy jefe: Rendid las armas y tendréis no solamente salva-da la vida, sinó que seréis libres para hacer bando aparte, ó de volver á Francia con nosotros. Los soldados, tras una corta deliberación, se rindieron, y á este momento apareció el Gobernador con un fusil en la mano. Este último dormía tranquilamente con poca duda (bien que estuvo al corriente de algunos signos de rebelión) de que las cosas llegarían á este punto. Fué despertado por la centinela, y saltando de su lecho, quedó estu-

pefacto á la vista de lo que pasaba. Comprendió que estaba perdido, que los soldados se habían rendido; pero era un hombre de carácter recto, y quiso morir como un héroe. Al vestirse, salió y se dirigió á los soldados.

—“Solo contra 75,” dijo, yo moriré gloriosamente, y enfrentándose á Barée: Qué quiere decir esto, miserable?

—Esto quiere decir, Capitán, que tenemos bastante de la América y de usted.

—Entonces ustedes quieren quitarse de mí? Sea, pero haremos juntos el gran viaje,” y suspendiéndose hizo fuego.

La bala atravesó el sombrero de Barée, y el Capitán, furioso por haberla perdido, tira por segunda vez, hasta que una vala de Gerard le atravesó la frente.

Gerard había cumplido su palabra á Barée; era ahora Jefe de la Colonia. No faltaba más, que cumplir la segunda parte del programa, y Gerard no pensó faltarle.

Capítulo V.

Barée, reconocido jefe de la Colonia, tomó las medidas necesarias para mantener el orden, lo que no le fué difícil. Se trataba ahora de construir un navío para volver á Francia, y para hombres de su posición era allí una empresa colosal; sin embargo, Barée no baciló; con el apoyo de Gerard, estaba propuesto á llevar la cosa á buen fin.

Hizo inventario de sus medios y reconoció que había en la Colonia: útiles los más necesarios, clavos y cuerda. La madera no faltaba, y sirviéndose de las telas de las tiendas, obtendría el velámen necesario. En cuanto á la calafatería del navío, sería de la recina de la madera, y de copete, le serviría la espuma. Barée, entonces, dividió su gente en cinco escuadras y los puso á tra-

bajar. Dos de ellas estaban encargadas de velar sobre la Colonia, otra, de nutrirla y hacer provisiones para el viaje, otras dos, cortaban y preparaban la madera bajo su dirección; mientras que la quinta y última, que se componía de hombres los más diestros, construían el navío bajo la dirección de Gerard.

Capítulo VI.

Un año después de los acontecimientos que acabamos de referir, "La Esperanza," (pues este era el nombre que le habían dado al navío), estaba en Puerto Royal, y los colonos, se preparaban á partir. Tenían provisiones para dos meses; era poco, pero en rigor el viaje podían hacerlo en este tiempo, y Barée se fió en su buena fortuna. Una parte de hombres, se ocupaban bajo las órdenes de Gerard, de la maniobra, mientras que los otros grupos, sobre el puente, charlaban con animación, dando muestras del más vivo placer; tenían razón: estaban fastidiados de América, en donde no habían hecho más que sufrir las fiebres; pero al fin, ellos iban á dejarla y volver á Francia.

Entre todo este mundo alegre, veíase á Flor de los Bosques, cuya figura testificaba poco de la participación que ella tenía del gozo general. Apoyada del brazo de Barée, enviaba tristes adioses con la mano á su padre, que escoltado de sus guerreros, había ido á verla partir. Luego el navío se movió, y ayudado de un buen viento, empesó á andar en medio de los gritos de regocijo de los colonos, y de los lloros de Flor de los Bosques, que á pesar de su grande amor á Barée, sintió en su corazón una dolorosa impresión luego que hubo perdido de vista las costas de América.

Nuestros viajeros tuvieron un tiempo favorable los seis primeros

días de navegación; con un tiempo igual, habrían seguramente regresado en dos meses; pero de repente sobrevino una calma completa que duró varios días; después el viento prosiguió; pero fué para volver á la misma calma. Durante diez semanas tuvieron, así, alternativas de vientos y de calmas. Las provisiones, á pesar de la prevención de Barée que había disminuido las raciones, habían concluido; después de dos semanas, estos hombres no tenían más que una libra de carne para 24 horas, y nada más. Debilitados por el hambre, no tienen suficiente fuerza para la maniobra, y las velas viven tendidas á merced de un golpe de viento. Sabiendo que no hay nada á bordo, desesperan de su posición, hasta quedar tendidos sobre el puente, sumergidos en un entorpecimiento semejante á la muerte. Durante dos días sufrieron en silencio, pero vino el tercero y los tormentos del hambre se hicieron insoportables; estos infelices se dirigen miradas de rayo, están dispuestos á transformarse en bestias feroces, y una catástrofe es inevitable sino se le advierte prontamente. Barée ve todo lo que pasa, y por consiguiente reúne su partido, recomienda á su esposa no salir de su aposento, y llamando á Gerard, le dice que necesita reunir la gente, que tratarán de una cuestión de vida ó de muerte. Gerard, se dirige hacia sus camaradas, y apaciguando á los excitados y sacudiendo los adormitados, llega á reunirlos ante Barée, que luego tomó la palabra.

—"Camaradas," les dijo, moriremos de hambre y ninguno de nosotros verá las costas de Francia, sino se sacrifican algunos para mantener á los otros: cada uno de vosotros, escriba su nombre en una tira de papel y depositelo en un saco que yo tendré: una vez

todos nuestros nombres reunidos, yo meteré la mano, y aquel cuyo nombre sacare, ese se sacrificará. La propuesta fué aceptada, y cada uno puso su nombre en el saco. Habiendo Barée metido su mano, la sacó y leyó en alta voz:

—Honrado Mthien. . . . Un rugido de regocijo se escapó de todos los corazones de aquellos hombres, y se aproximaron al desgraciado, que se agoviaba bajo su propio peso: ya no tenía más que un sentimiento, el miedo. Barée se interpuso ante ellos.

—“Aguardaos,” les dijo, vosotros tendréis todos vuestra parte, pero es necesario dejarle escoger el género de su muerte.

Era demasiado tarde; estos hombres no trataban más que de si había allí algo qué comer; el mismo Barée se vió forzado á retirarse para no ser muerto él mismo. Ellos se precipitaron sobre el pobre diablo, le aporreaban, á pesar de los gritos dolorosos que lanzaba, y cada uno, tomando el pedazo que podía atrapar, apenas le daba tiempo de cocerse para comérselo.

Un hombre, para nutrir 74, no era bastante: esta banda de perros hambrientos, cuya hambre no había sido más que excitada por este bocado, corren á donde Barée. Flor de los Bosques, que contra la recomendación de su esposo había salido de su aposento á los gritos del desgraciado Mthien, había presenciado el fin de esta horrible escena, y apoyada en el brazo de su esposo, despedía á todos, como providencia de conservarle, luego que ella vió á estos hombres dirigirse de nuevo hacia él, reclamándole una nueva presa. Ella tuvo el sentimiento de una desgracia, y luego que Barée puso de nuevo la mano en el saco, le contuvo el brazo.

—“Mi amigo,” dijo ella, déjame tomar los nombres, la fortuna pue-

de tornarse contra tí; Dios tendrá piedad de mí y dirigirá mi mano.

Barée, enternecido, le agradeció el cuidado y dirigiéndose á sus camaradas: “Compañeros, dijo, mi esposa quiere tomar los nombres. Confíemos en que este ángel nos traerá ladicha. Ved! ella suplica! Dios nos tendrá piedad y enviará un navío en nuestro amparo. Quién sabe! puede ser que al momento que ella meta su mano en el saco, una vela aparezca en el horizonte.”

—Sí! sí! Que ella tome los nombres, dijeron todos á una voz.

Flor de los Bosques introdujo entonces su mano en el saco y sacó un papel que entregó á Barée; la pobre muchacha no sabía leer. Habiendo Barée, fijado su vista sobre el papel, palideció espantosamente y quedó petrificado de dolor, pero empeñando toda su energía, leyó en voz alta: “Barée.” Flor de los Bosques dió un grito de dolor; queriendo salvar á su esposo le había perdido. Ella se colocó ante él como queriendo escudarle con su cuerpo.

—No! no! decía, eso no sucederá, no puede ser; aquí estoy yo en su lugar, él os es útil, yo no soy buena para nada. Y con las manos, pedía al cielo é imploraba á estos hombres su clemencia, quienes embrutecidos por el hambre, tuvieron un instante de excitación. Barée la tomó en sus brazos.

—Vamos la dijo, sé valiente! . . . sé. . fuerte por tu amor á mí! . . . No me hagas amargos mis últimos momentos. . . . ¿Me prometes resignarte?

—Yo te prometo hacer mi deber, dijo ella. Y tomó tan aparente calma, que Barée creyó que se había conformado; él olvidó que su esposa era una salvaje que pertenecía á esa raza que sabe muy bien ocultar sus impresiones. A este momento, sus verdugos abreviaron su círculo y Barée se volvió vivamente

hacia su amigo, para darle su último adiós, y tomándole las manos:

“Gerard, le dijo, yo te confío mi esposa, velad sobre ella..... A dios para siempre caro amigo.... adiós mi valiente.” Y estos dos amigos que durante tantos años habían compartido su buena y mala fortuna, se abrazaron por la última vez. Cuando Barée se retiró, Gerard, herido por el dolor, ocultó su cabeza entre las manos y rompió á llorar como un niño. La posición de ambos era terrible, porque si Barée iba ser asesinado, Gerard iba á presenciar este asesinato y no podía impedirlo. Al volverse Barée, no encontró á su esposa; volvió los ojos en torno suyo, y la vió fuera del círculo que formaban sus verdugos, con un puñal en la mano, que en el acto hundió en su corazón. La desesperación rindió sus fuerzas y se arrojó en medio de los brutos que le rodeaban, para llegar hasta ella; á pesar de los golpes que él recibía de todas partes, traspasó al fin el círculo, para morir á su lado. Ved aquí lo que pasó: Flor de los Bosques, creyendo que su muerte salvaría la vida de su esposo, se alejó de él, luego que se volvió hacia Gerard, avanzó hacia el lado de la popa, robó un puñal á uno de los hombres que estaba más cerca de ella, y se hirió el corazón. Ella no calculó que su esposo la vería; que desearía socorrerla; que una lucha se entablaría, y que estos hombres, que no deseaban más que un pretexto para matar, lograrían la ocasión. ¿Pero qué hacía Gerard durante este tiempo? Como hemos dicho, el dolor le dominó al momento; pero logró dominarse y buscó con sus ojos á Flor de los Bosques; no la vió, ya había caído, pero vió á su amigo en manos de sus verdugos. Volviendo los ojos de este terrible espectáculo, se fué al aposento de Flor de los Bosques; ella no estaba;

él entonces se fué al puente....
 Un espantoso presentimiento le asustó y trajo sus manos á la frente, como un hombre que siente que la razón se le escapa; se dirigió vivamente hácia el grupo que estaba en la popa, y el espectáculo que se presentó á sus ojos le heló de horror: allá lado á lado, estaban Barée y Flor de los Bosques, despojados de sus vestidos y puestos en pedazos por los perros que se repartían sus cuerpos. Esto era demasiado para Gerard; debilitado como estaba, su dolor fué inmenso, tanto, que su razón vaciló y... dió una horrible carcajada.

Gerard estaba loco.

Conclusión.

Al siguiente día de este terrible acontecimiento, un batimiento inglés trajo un navío, al cual llevaba recursos. Este navío, era “La Esperanza,” que en la misma noche de la catástrofe, había recibido un golpe de viento. Pronto se encontraron en él más de setenta hombres en un estado lastimoso; uno de ellos, se paseaba de la popa á la proa con una risa que helaba al que le oía. El cirujano del batimiento, prodigó á estos desgraciados todos los favores que pudo, pero á pesar de todos sus esfuerzos, murieron más de las dos terceras partes. En cuanto á Gerard, recobró su salud, pero su razón no le volvió jamás y va á morir en un estado de enagenamiento.

NOTAS.

LA POESIA.

¿Es arte del demonio ó brujería esto de escribir versos? (le decía, no sé si á Calderón ó Garcilazo un mozo más sin jugo que el bagazo.)

Enséñeme, maestro, á hacer siquiera una oda chapucera.—

—Es preciso no estar en sus cabales para que un hombre aspire á ser poeta; pero, en fin, es sencilla la receta. Forme usted líneas de medida iguales, y luego en fila las coloca juntas poniendo consonantes en las puntas.

—¿Y en el medio?

—¿En el medio? ¡Ese es el cuento! Hay que poner talento.

RICARDO PALMA.

DE LA *sugestión y del sonambulismo en sus relaciones con la Jurisprudencia y la medicina legal*,

POR M. JULES LIÉGEOIS,

PROFESOR DE LA FACULTAD DE DERECHO DE NANSY.

He aquí un libro que prueba en su autor una vocación decidida. M. Liégeois, en efecto, profesor de una facultad de derecho, se dedica con ardor desde hace varios años al estudio de un problema fisiológico, el de la *sugestión hipnótica*. Es verdad que se ocupa también de las conclusiones jurídicas que se deducan de los hechos que presenta como probados. Pero el libro se refiere más bien á los hechos que á sus consecuencias.

¿Qué es la sugestión hipnótica? Es el de una persona sobre otra, que ha previamente dormido. Los hipnotizados, dice M. Liégeois (p. 106) "están entregados en cuerpo y alma al hombre que los ha dormido. Ese hombre es su amo absoluto y están como en su posesión. Por la sugestión, dispone casi sin límites de sus facultades psíquicas y orgánicas, de sus sentidos, inclusive el tacto, que es el último que desaparece, si desaparecen alguna vez." Con el apoyo de esta aserción, M. Liégeois cita numerosas experiencias hechas por él mismo y por otros.

De ninguna manera garantizamos la exactitud de esas experiencias: sabemos demasiado bien cuantos cuidados se necesitan en semejante materia para no engañarse ni ser engañado. Por otro lado la doctrina de M. Liégeois y de los médicos de Nansy, sus colaboradores, es-

tá controvertida por el doctor Charcat. Allí donde los primeros miran fenómenos fisiológicos, el segundo no ve más que un fenómeno patológico excepcional. Según M. Liégeois un gran número de personas son susceptibles de sugestión hipnótica; según M. Charcat solamente los enfermos son susceptibles. Ambos convienen sin embargo que la costumbre de sufrir la sugestión hipnótica debilita el organismo del sujeto hipnotizado y particularmente su voluntad.

Admitiendo como verdadera la doctrina de M. Liégeois, sacaríamos consecuencias jurídicas distintas de las suyas. Se comete un crimen y su autor, jurídicamente reconocido, establece que ha sido por la sugestión hipnótica es por eso menos digno de castigo? No, puesto que ha probado que era capaz de cometer el crimen. El hipnotizador debiera también ser castigado. Pero, quién probaría la sugestión? La prueba, en materia criminal y hasta en materia civil es ya bastante difícil sin agregar una nueva dificultad. Conocemos, sin recurrir al hipnotismo, la frecuencia con que se equivoca el testimonio humano, y es por eso que nosotros buscamos arduamente, en la ciencia, el testimonio de la naturaleza.

Pero si admitimos como cierta la doctrina de M. Liégeois, las primeras conclusiones jurídicas que deduciríamos serían: 1º Que toda persona que haya sufrido la sugestión hipnótica debe ser puesta en entredicho; 2º Que debe aplicarse al hipnotizador el artículo 317 del Código penal.

COURCELLE SENECCIL.

MISCELANEA.

Recibimientos.—Después de llenar de la manera más cumplida y brillante las pruebas universitarias á que debían someterse, nuestros apreciables amigos y consocios don Esteban C. Roque, don Fidel A. Novoa y don Abrahám Chavarría, han merecido el diploma de Doctor, el primero en la Facultad de Farmacia; en la de Me-

dicina y Cirugía, el segundo; y el tercero en la de Jurisprudencia.

Tres talentos más que entran de lleno al servicio de la patria, es lo que nuestra sociedad ve en los nuevos doctores mencionados.

“La Juventud Salvadoreña” se congratula vivamente por ello, les envía su más cordial enhorabuena y les desea los mejores triunfos en el ejercicio de sus respectivas profesiones.

“**Mártir sin palma.**”—Tal es el nombre del hermoso poema que la renombrada poetisa guatemalteca doña Vicenta Laparra de la Cerda, se ha dignado dedicar á “La Juventud Salvadoreña,” en testimonio de su alto aprecio por esta humilde corporación. La insigne cantora que, con lágrimas en los ojos y conmovedor acento, no ha mucho enviaba su última despedida al mundo literario,—vuelve hoy, como tanto y tanto lo deseábamos, á pulsar la lira en lúgubres momentos abandonada, para hacernos oír de nuevo sus dulcísimas y apetecidas armonías.

A más de su indisputable mérito literario, “Mártir sin palma” es una obra interesante de moralizadora intención, cuya lectura debe ser recomendada aun por las mismas madres de familia.

Por nuestra parte, felicitamos á tan digna autora por su nueva obra, y la rendimos nuestros más profundos agradecimientos por la honrosísima cuanto inmerecida dedicatoria que se digna hacernos; dedicatoria que apreciamos en lo que vale y que aceptamos sólo como un generoso estímulo en nuestras insignificantes labores literarias.

En el lugar correspondiente de este número, tenemos el gusto de publicar el bello “Soneto” con que la inspirada y distinguida poetisa hondureña, señorita Josefa Carras

co, honra de nuevo las columnas de nuestra humilde Revista. Mucho nos complacemos de que la ALONDRA HONDUREÑA continúe favoreciéndonos siempre con su deseada colaboración, y la reiteramos las gracias más expresivas por la que hoy motiva estas líneas.

Con expresiva y honrosa dedicatoria, el muy honorable caballero Désiré Pector se ha servido enviarnos un ejemplar de su importantísimo trabajo intitulado: “*Aperçu par ordre géographique des questions anthropologiques et ethnographiques traitées au Congrès International des Américanistes.*”

Agradecemos profundamente la atención de tan ilustre como generoso publicista.

Varios de los jóvenes más distinguidos de la culta ciudad de Sonsonate, han organizado en la misma una sociedad científico-literaria cuya inauguración ha tenido lugar recientemente con la debida solemnidad; quedando la Junta Directiva constituida del modo que sigue:

Dr. Simeón Mena Presidente;
 „ Horacio R. Jarquín, 1^{er} Vocal;
 „ Daniel Calderón, 2^o „
 „ Abrahám Rivera, Tesorero;
 D. Francisco Castro, Fiscal;
 „ Carlos A. Imendia 1^{er} Secret^o;
 „ Juan Ant^o Solórzano 2^o „

Dadas la ilustración, laboriosidad y constancia de sus dignos miembros, no cabe duda de que la nueva corporación científico-literaria realizará con general aplauso los levantados y laudables fines que se propone.

“La Juventud Salvadoreña” se congratula sinceramente de ello, y hace los más fervientes votos por la vida y prosperidad de tan simpática asociación.